ARQVITECTVRA

ORGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD CENTRAL DE ARQVITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA — REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 16

AÑO IV | Madrid, julio de 1922. | NÚM. 39

SUMARIO

JARDINES DE ESPAÑA

R..... Ingreso.

JAVIER DE WINTHUYSEN..... Jardines clásicos.

AZORÍN..... Jardines de Castilla.

J. C. N. FORESTIER..... Jardines andaluces.

SANTIAGO RUSIÑOL..... Los Cármenes de Granada.

LARRA..... Jardines públicos.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS..... Los jardines de los claustros.

Libros, revistas, periódicos.

INGRESO

«La primera cosa que cada señor hace en Turquía es un jardín, el mayor y mejor que puede, con muchos cipreses dentro, que es cosa que mucho usan.»

CRISTÓBAL DE VILLALÓN, *Viaje de Turquía.*

Audazmente el hombre civilizado trata de sujetar la Naturaleza a su particular sensibilidad de cada momento, a sus gustos y aficiones. Consíguelo sometiéndola a la domesticidad en los jardines. Y con ello, prepárase trozos de Naturaleza en servidumbre en los que, unas veces, siguiendo siempre el gusto de la época, se ordenan plantas, árboles y flores según una disposición geométrica y tiránica, y otras agrúpanse en un desorden pintorescamente arbitrario. Conforme a esos dos cánones pueden clasificarse las diversas clases de jardines europeos: clásicos y románticos, disciplinados y arbitrarios, regulares y pintorescos.

De todos ellos se ocupan multitud de obras, habiéndose estudiado y reproducido innumerables veces: jardines italianos, en los que la arquitectura renueva su prestigio al acompañar a la Naturaleza; jardines franceses, de magníficas pers-

Biblioteca Nacional de España

pectivas e incomparable majestad; parques ingleses, de arbitrariedad tan ordenada...

Evocándolos, ocurre preguntar cómo son los jardines inexplorados de nuestra España.

* * *

Son los jardines españoles creaciones puramente meridionales. El temperamento práctico de las gentes de la costa norte y sus condiciones de vida, fueron poco favorables al desarrollo de ese arte sutil, propio de civilizaciones muy refinadas. Las regiones secas, de clima extremoso, que forman el núcleo central de nuestro país, no han sido tampoco tierra fértil para su desarrollo. Pobre el suelo, escasa el agua, seco y rudo el espíritu de las gentes, desdeñador de todo lo superfluo, de todo lo que suponga refinamientos artísticos y goces sensuales, Castilla no dió flores. Los grandes jardines que en ella existen o han existido — y de los cuales va a hablar en estas páginas un hombre que los siente con espiritual amor, Javier de Winthuysen — son, como las grandes catedrales, obras exóticas, creaciones importadas de reyes y magnates, gentes éstas siempre atentas a modas y usos extranjeros. Bastantes de aquéllos, trazados en épocas de esplendor, han sufrido luego de este abandono que va usando todas las cosas pretéritas de nuestra patria, amontonando ruinas sobre ruinas.

Si perecen diariamente tantos viejos edificios de gruesos muros, ¡cuál habrá sido la suerte de los antiguos jardines, obras frágiles y efímeras que no pueden persistir sin una atención celosa y un amoroso cuidado! Un viejo y rugoso ciprés, fragmentos de piedras labradas, algunos mirtos, la rota taza de mármol de una fuente, son todo lo que resta de muchos antiguos vergeles, corrales hoy secos y polvorientos: jardines ducales de la Abadía y de Piedrafita, del palacio de Cadalso de los Vidrios, de tantas otras mansiones.

Pero los verdaderos jardines castellanos son los descritos en estas páginas por Azorín, *el gran exegeta de Castilla: los huertos reducidos y cerrados de los claustros y patios de conventos, catedrales, colegiatas, palacios y hospitales, lugares de melancólica belleza cuya hora propicia es la del atardecer, cuando los vencejos irrumpen en el aire con sus innumerables giros.*

* * *

Contrastan con estos jardines castellanos, tan melancólicos, los andaluces. Al sur y al levante de nuestra patria hay una raza amante de las cosas superfluas que adornan la vida y, entre ellas, de las flores, que en su suelo fecundo prodúcense maravillosamente. Llenas están casas y patios; ennoblecen las viviendas más humildes, adornan ventanas y balcones, ponen una nota viva y delicada en el cabello de las mujeres, y, en pequeños recintos familiares cercados de altas tapias, agrúpanse en vergeles de inolvidable belleza.

Tal vez la característica primordial de estos jardines andaluces sea su particular intimidad. Casi todos los que se citan del renacimiento para acá — los italia-

Biblioteca Nacional de España

nos, los franceses, los ingleses... —, son jardines de aparato destinados a realzar una mansión, en los que se sujeta a la Naturaleza a decir la magnificencia de sus propietarios, de igual manera que los palacios a que acompañan. Destinados a la vida social, disfrutan de ellos multitud de gentes.

El jardín andaluz, en cambio, reducido, cercado por alta tapia de la cual sobresalen los agudos vértices de sus cipreses, es un jardín íntimo, destinado tan sólo al puro deleite de su propietario. Todo él es intimidad; sus rincones están dispuestos para el goce sensual que el agua, las flores y la luz proporcionan a su dueño. La gente de fuera, los que no habitan la casa, no tienen nada que hacer en el jardín, y éste es una dependencia de la vivienda, tan recatada, tan íntima como la que más.

Ello explica el fracaso de los que quieren hacer grandes parques a la andaluza; tan sólo es esto posible subdividiendo el terreno en numerosos y pequeños jardines, aislados unos de otros. Y téngase en cuenta que al quitar al jardín andaluz las altas tapias que lo limitan, se le quita parte considerable de su fragancia e intimidad, y de ello sufren.

* * *

La moda actual impone en España por todas partes los jardines andaluces. Multiplícanse en Madrid, patrocinados por el Municipio; se hacen en climas secos y fríos, en regiones húmedas, aun entre el granito del Guadarrama. El azulejo, olvidado durante tantos años, despreciado como pariente demasiado humilde, ha llegado a ser la obsesión artística de nuestra burguesía. Todo el mundo quiere tener en su casa algunos azulejos, ya sea en una chimenea, en un banco, en un pavimento, o sencillamente dibujando una santa imagen en un muro. La multiplicación de estas representaciones, a las que suele acompañar un farolillo de infundadas pretensiones estéticas, podría hacer creer en un recrudecimiento piadoso. Sin embargo, nada más lejos de la realidad; ello tiene que ver en todo caso con nuestro esnobismo *artístico, nunca con nuestra piedad.*

Los jardines andaluces son una de las creaciones más bellas del arte de la jardinería; los azulejos y cerámica esmaltada constituyen un admirable elemento de decoración. Pero son inseparables del clima de Andalucía, de su sol, de su luz, del espíritu de sus gentes. Transportados a tierras septentrionales, no se consigue crear más que ridículas parodias; si los azulejos no pueden brillar al sol cegador de las tierras meridionales, aménguase en gran parte su belleza decorativa. Y sin las flores de perfume intenso y color subido, sin que el agua adquiera todo su valor expresivo al ser escasa y estar celosamente aprovechada, sin el ambiente cálido, que le envuelve, el jardín pierde lo más íntimo y profundo de su encanto.

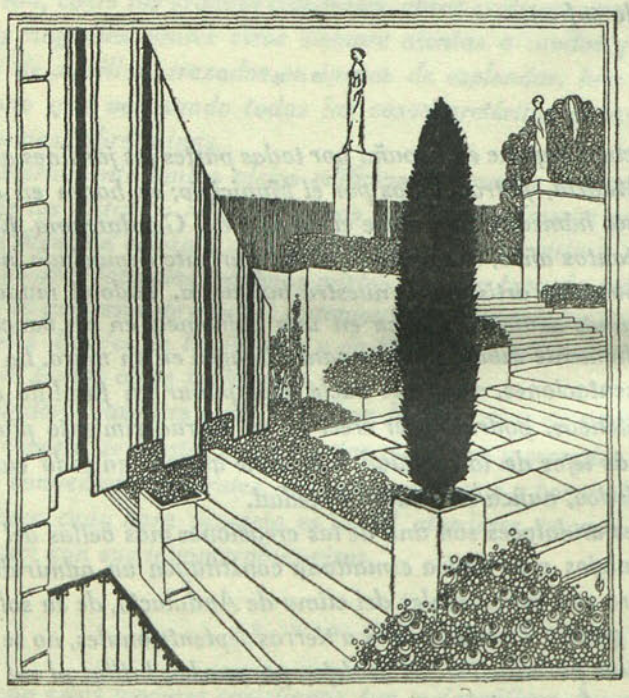
Con harta frecuencia olvidamos hoy día que es irracional la moda artística que desacata las leyes naturales, y que unificar nuestras costumbres, nuestros trajes, nuestras casas y hasta nuestros jardines en todo el mundo, es empeño vano.

Impónese lo lejano y exótico; triunfa lo que desconocemos. Nada más difícil que ver la belleza de las cosas que nos rodean, que salen a nuestro encuentro en

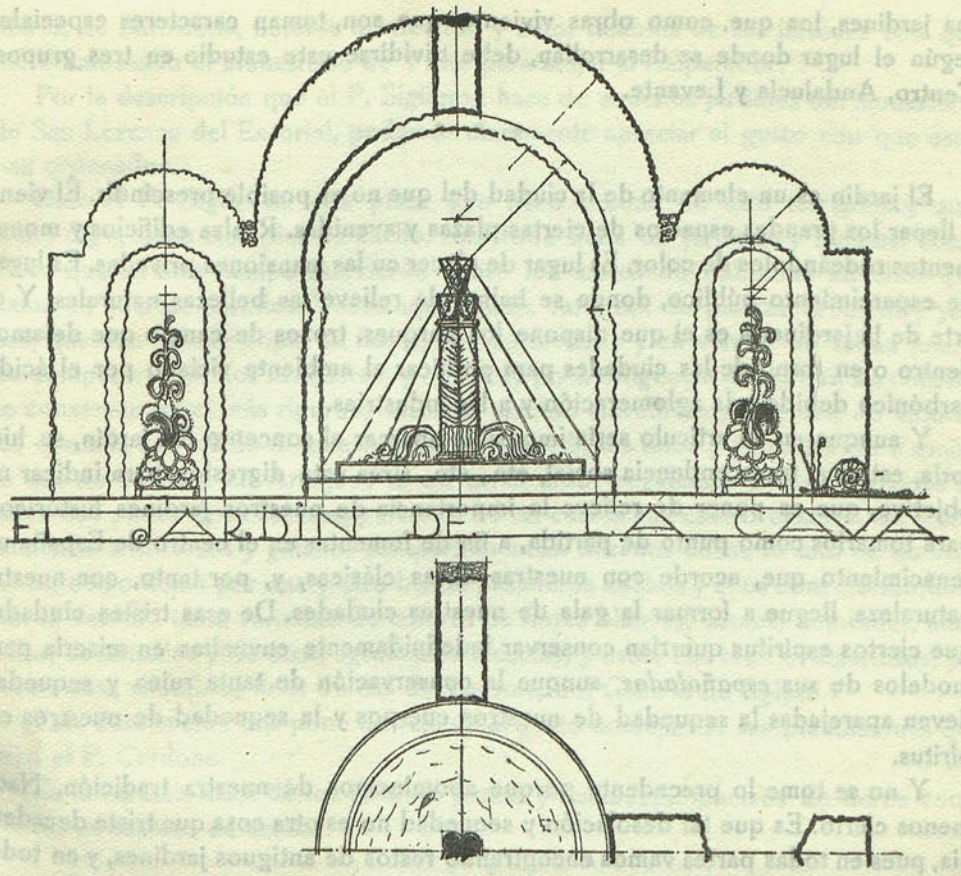
Biblioteca Nacional de España

todos los momentos de nuestra vida. Ahí están las encinas, de tan severa belleza, poblando los montes que rodean a Madrid, los negrillos castellanos, los altos álamos, que montan guardia de honor en las carreteras. Estos árboles, nuestros amigos de todos los días, están proscritos de los jardines madrileños. Pero, en cambio, hay verdes prados de climas húmedos, flores que se agostan al sol de la meseta, palmeras que durante todo el invierno aparecen encapuchadas con paja para que no se hielen, y bajo ese manto aguardan pacientemente a descubrirse en una fugaz primavera, más tristes que aquella otra solitaria con la que soñaba el abeto del norte en la canción del poeta germánico.

R.



Biblioteca Nacional de España



JARDINES CLÁSICOS [1]

España es el único país que posee ejemplos de los diversos estilos de jardines, desde la Edad Media hasta la actualidad.

No obstante esta excepcional importancia, no tenemos ninguna obra sobre su historia, ni ningún estudio que analice y determine sus caracteres. Centenares de obras extranjeras (francesas, italianas, inglesas, etc.) de diversas épocas, reproducen y estudian sus jardines. En España sólo existen sobre este asunto cosas fragmentarias. Y, sin embargo, nuestro país es el único que encierra la historia completa de la jardinería, desde los jardines hispanomoriscos hasta el actual renacimiento sevillano, pasando por los diversos estilos y modalidades mudéjar, renacimiento, escurialense, clásico francés, italianismo de Carlos III y neoclasicismo. De todos tenemos bellos ejemplos, y de algunos estilos ejemplos insuperables.

Atendiendo a la estructura geográfica de España, que tanta influencia tiene sobre

(1) Parte de estos trabajos son un resumen de los que he llevado a cabo por encargo de la Junta para Ampliación de Estudios. Me complazco en manifestarle mi agradecimiento, y muy especialmente en rendir justo homenaje al desgraciado maestro Sorolla, a cuyo entusiasmo debí muy principalmente haber podido desarrollar estas labores.

Biblioteca Nacional de España

los jardines, los que, como obras vivientes que son, toman caracteres especiales según el lugar donde se desarrollan, debe dividirse este estudio en tres grupos: Centro, Andalucía y Levante.

* * *

El jardín es un elemento de la ciudad del que no es posible prescindir. Él viene a llenar los grandes espacios de ciertas plazas y avenidas. Realza edificios y monumentos rodeándolos de color. Es lugar de placer en las mansiones privadas. Es lugar de esparcimiento público, donde se hallan de relieve las bellezas naturales. Y el arte de la jardinería es el que dispone los parques, trozos de campo que dejamos dentro o en torno de las ciudades para purificar el ambiente viciado por el ácido carbónico debido a la aglomeración y a las industrias.

Y aunque en un artículo sería imposible abarcar el concepto del jardín, su historia, estética, transcendencia social, etc., etc., sirva esta digresión para indicar mi objetivo, que es poner de relieve la importancia de nuestros jardines históricos, para tomarlos como punto de partida, a fin de fomentar en el centro de España un renacimiento que, acorde con nuestras obras clásicas, y, por tanto, con nuestra naturaleza, llegue a formar la gala de nuestras ciudades. De esas tristes ciudades que ciertos espíritus querrían conservar indefinidamente envueltas en miseria para modelos de sus *españoladas*, aunque la conservación de tanta ruina y sequedad lleven aparejadas la sequedad de nuestros cuerpos y la sequedad de nuestros espíritus.

Y no se tome lo precedente porque abominemos de nuestra tradición. Nada menos cierto. Es que tal desolación y sequedad no es otra cosa que triste decadencia, pues en todas partes vamos encontrando restos de antiguos jardines, y en todas las épocas relatos y canciones de los hombres más eminentes, que se complacen en describir bellos jardines y arboledas, ya en Toledo, ya en Burgos, ya en Segovia.

* * *

En Aranjuez existían jardines desde tiempos remotísimos. En la Edad Media pertenecieron a la Orden de Santiago, y son patrimonio de la Corona desde los Reyes Católicos. Los de Valsaín eran famosos en la época de Enrique IV. Garcilaso canta en sus églogas los de las orillas del Tormes. Lope de Vega hace una laudatoria de los de la Abadía. Tirso, elogiando los Cigarrales de Toledo, los compara a los jardines de Valladolid y a los cármenes de Granada.

El embajador veneciano Andrés Navagero nos habla en sus viajes por España, a principios del siglo XVI, de los jardines de las Huelgas de Burgos *llenos de árboles y hierbas exquisitas*. De los del Parral, de Segovia, *muy amenos, llenos de cipreses y otros diversos géneros de hierbas*. De los de Guadalupe *hermosísimos jardines poblados de naranjos y cidros*.

Los actuales jardines, rígidos y severos, del monasterio del Escorial, que forman hoy día una vasta perspectiva de verdura tallada, no nos dan idea de los que en un principio fueron plantados por el fraile jerónimo P. Cardona, profeso de la

Biblioteca Nacional de España

Murta, de Barcelona, notable horticultor, y autor también de los jardines con que fué hermoseado el monasterio de Yuste para alojar al Emperador.

Por la descripción que el P. Sigüenza hace de aquellos jardines del monasterio de San Lorenzo del Escorial, podemos claramente apreciar el gusto con que estaban ordenados.

Dice el P. Sigüenza: «La plaza que hace encima de este terrapleno, que, como digo, tiene cien pies de ancho, está toda llena de jardines y fuentes, como dicen que en otro tiempo estuvieron sobre los muros de Babilonia aquellos que llamaron huertos pensiles. Vense aquí infinita variedad de plantas, arbustos y yerbas, que dan grande copia de flores, que en invierno y en verano no faltan jamás. Se componen infinitos ramilletes, y con muy poca diligencia de los que las cultivan se conservan en el más riguroso invierno muchas clavellinas y claveles, no sólo de los que nos han traído de nuestras Indias, sino de los finos y naturales de España; lo que no se hace en Aranjuez ni en otros sitios regalados. Están repartidas en estas dos plazas doce fuentes, en torno de las cuales hay cuatro cuadros de flores haciendo artificiosos y galanos compartimientos. Mirados desde lo alto de las ventanas, como dejan por una y otra banda pasaderos anchos y ellos tienen sembrados por la verdura tanta variedad de colores de flores blancas, azules, coloradas, amarillas, encarnadas y de otras agradables mezclas, y están tan bien compartidos, parecen unas alfombras finas traídas de Turquía, del Cairo o de Egipto.»

Esta descripción nos pone de relieve el gusto mudéjar de las plantaciones que hizo el P. Cardona.

Es la característica de los jardines persas y andaluces: macizos de flores encerrados en marcos de verdor.

* * *

Desde el siglo XVI podemos estudiar los jardines del centro de España y fijar sus caracteres.

De una parte tenemos los restos del jardín de la Abadía, de estilo renacimiento, cuyos mármoles labrados vinieron de Italia, y dentro del mismo estilo soberbias obras de fábrica en Aranjuez, muchas de las cuales hizo transportar a Madrid el conde-duque de Olivares.

De otra parte tenemos los del Escorial, cuya disposición y decorado de fábrica influye muy directamente en los de la Casa de la Moneda, de Segovia, en los de la Zarzuela y también en Aranjuez. A principios del XVIII, con las obras de la Granja, el estilo clásico francés de Le Nôtre transforma en gran parte nuestros jardines, y crea, además de aquél, otros importantes. Con Carlos III vuelve el gusto italiano, más conforme con las obras españolas que el ampuloso estilo de Le Nôtre, y con arreglo al gusto neoclásico se siguen construyendo diversos jardines hasta bien entrado el siglo XIX, algunos de ellos admitiendo la influencia escurialense; y en esta época es al fin vencido el jardín arquitectónico por el llamado paisajista chinesco o romántico, que inició en Inglaterra el poeta Pope, hizo su aparición en Francia en las obras del Petit Trianon, e invadió los nuestros después de más de un siglo de iniciado.

Biblioteca Nacional de España

UN JARDIN DEL RENACIMIENTO JUNTO A LAS HURDES

Alba de Tormes, con Piedrahita y la Abadía, eran lugares de los estados de la casa ducal de Alba, y en ellos hubo magníficos jardines de los que sólo quedan tristes restos.

A la Abadía hizo el Gran Duque transportar, desde Génova, magníficos mármoles labrados para componer el más bello jardín de España, llevando así la luz del renacimiento hasta aquel apartado rincón de Extremadura.

Asiéntanse los curiosos restos de estos jardines en la orilla del río Ambroz, que, sangrado en lugar determinado, forma un caz que alimentaba innumerables fuentes y surtidores. Entre el caz y el río se desarrolla, en dos planos, el triste huerto que yo encontré, donde se alzaron las obras bizarras que, aun sin terminar, visitó *El Peregrino Curioso*, maravillándose de ellas, y que en el siglo XVIII encontró Ponz todavía ordenadas, aunque en lamentable estado.

Hace próximamente treinta años, la casa Ducal vendió este monumento a unos campesinos, que lo han devastado por completo. Del famoso jardín, tantas veces cantado y descripto, sólo quedan tristes ruinas y un ciprés solitario.

De la descripción que de él hizo *El Peregrino Curioso*, son los siguientes párrafos:

«Caminando para ella (para la Abadía), hallóse cercado de muchos ríos, que descalzo hubo de pasar, y conoció que aquello era pronóstico de mucha jardinería.

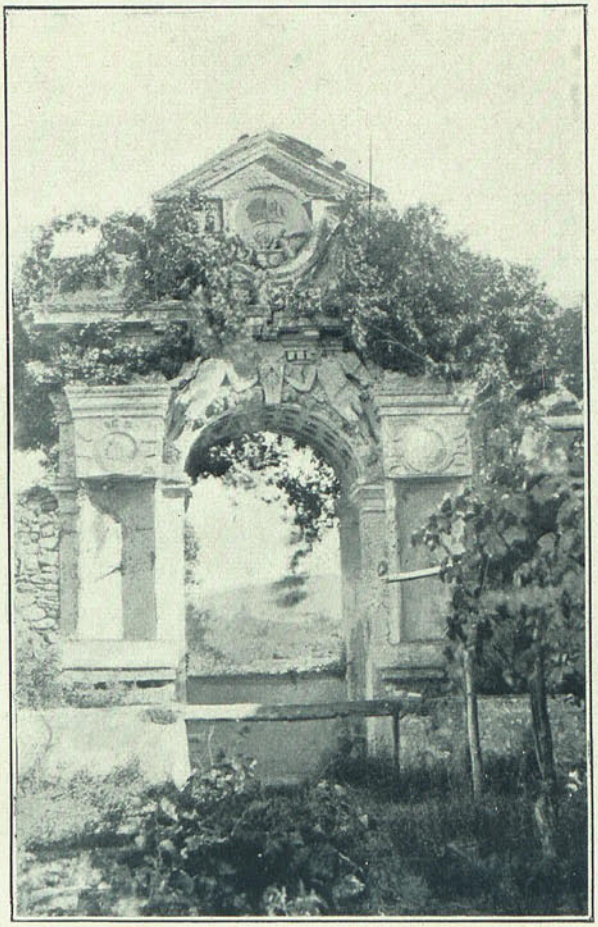
»Al fin llegaron los dos compañeros al jardín, el cual, por no estar aún acabado, tuvo nuestro pelegrino mucho que ver, porque el maestro de él, que era un flamenco, viendo que la venida y cansancio del pelegrino había sido sólo por verle, muy benévolamente le tomó por la mano y le entró dentro de la huerta, donde lo primero que vió, alzando los ojos, fué este epitafio:

«El que viniere a ver esta Abadía,
este jardín y huerto esclarecido,
para notar y ver bien su valía
muy necesario es que haya corrido
los que nuestro Felipe poseía,
y los que en Flandes más han florecido;
de Italia ha de tener mucha noticia,
para su ser preciar gala y pulicia.»

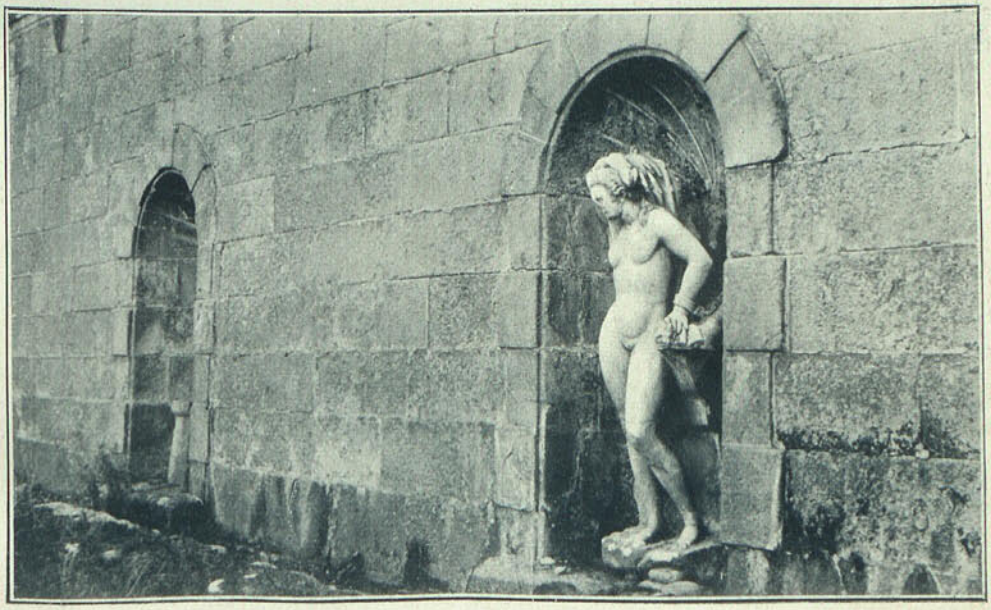
»Discurriendo despacio por él, nuestro pelegrino vió que todo él estaba muy extraordinariamente bien aseado, con muchas calles de mirto y arrayán; sus mesas de naranjos y de jardinería, tan delicadísimamente hechas, que las mismas yerbas parecían producir los personajes y bultos que de ellas estaban hechos de muchas maneras, como mochuelos, gavilanes, chuecas, ruiseñores, osos, tigres, leones, unicornios, caballos, damas, ninfas, armas, escudos, ballestas y otras mil maneras de invenciones apacibles y deleitosas a la vista...

»Hay en medio de la huerta una fuente muy alta, con los siete planetas y veinticinco personajes; mas todos de bulto, muy proporcionados.

Biblioteca Nacional de España

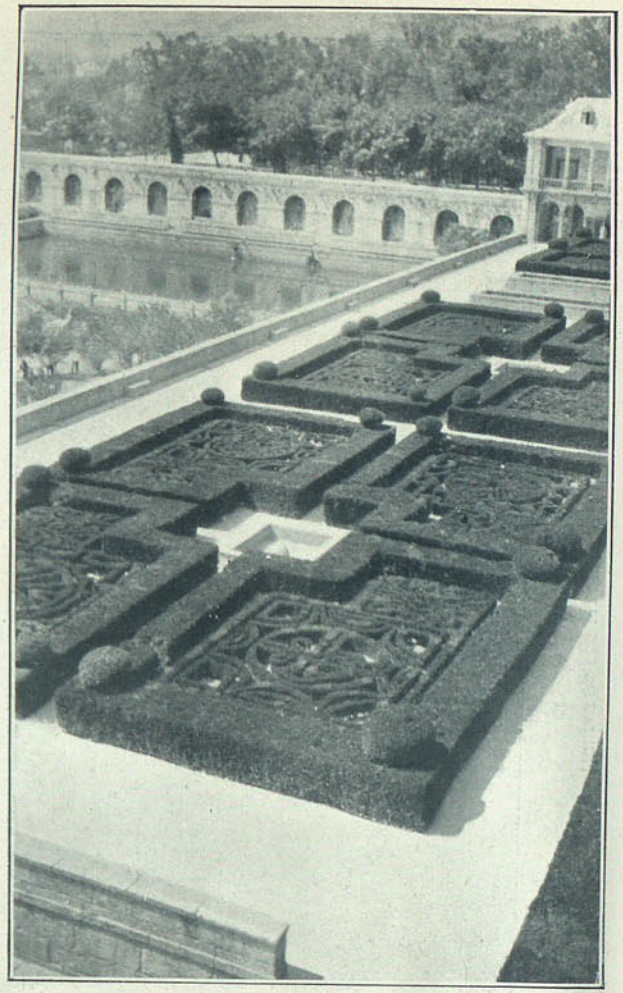


Ruinas de los jardines de la Abadía (Cáceres).

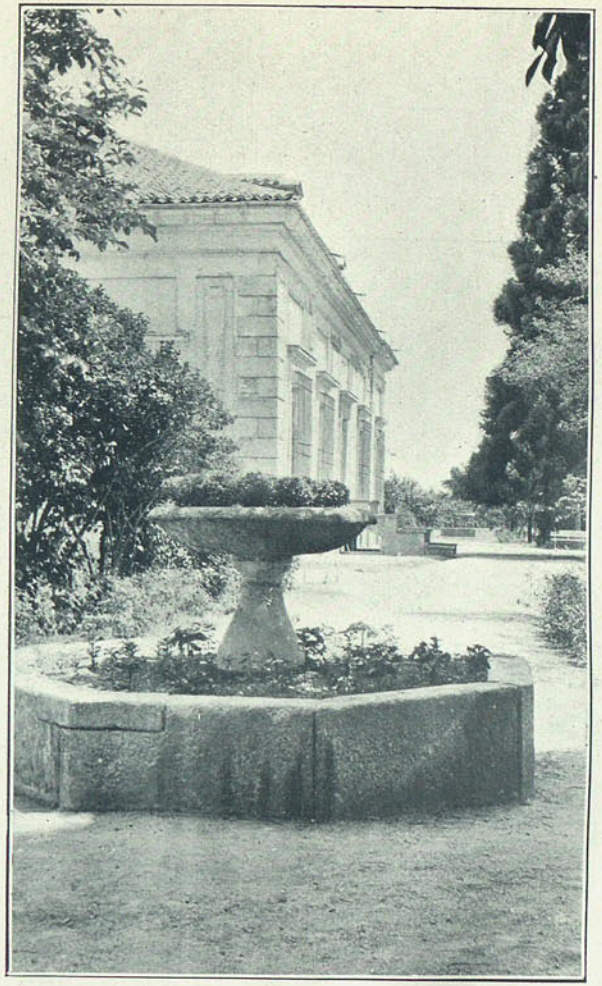


Estatua de Andrómeda, en los jardines de la Abadía (Cáceres). Fots. J. de Winthuysen.

Biblioteca Nacional de España



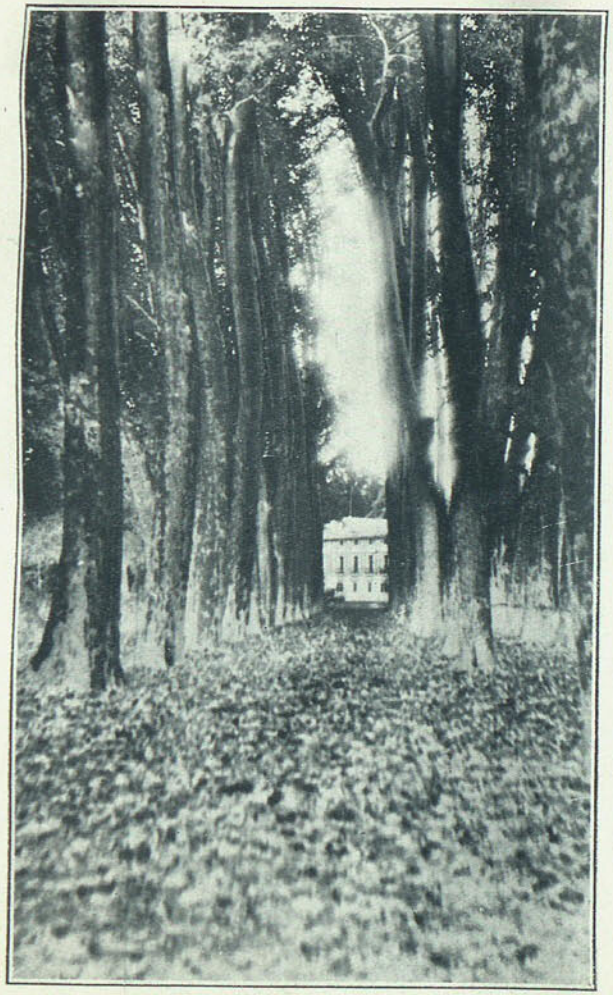
Jardín de los frailes, en el Monasterio del Escorial.



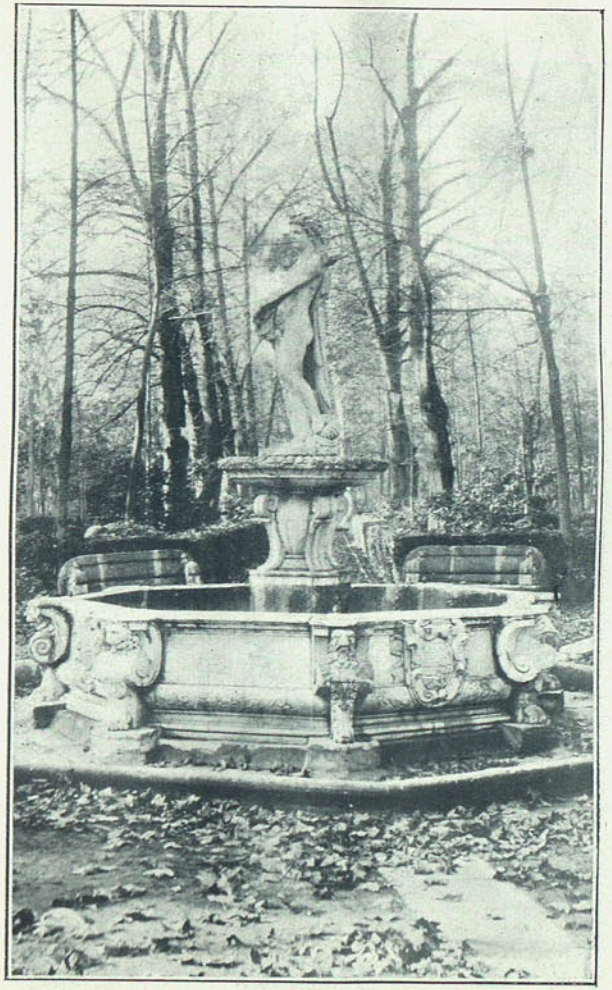
Jardín de la Zarzuela, en el monte del Pardo.

Fots. J. de Winthuysen.

Biblioteca Nacional de España



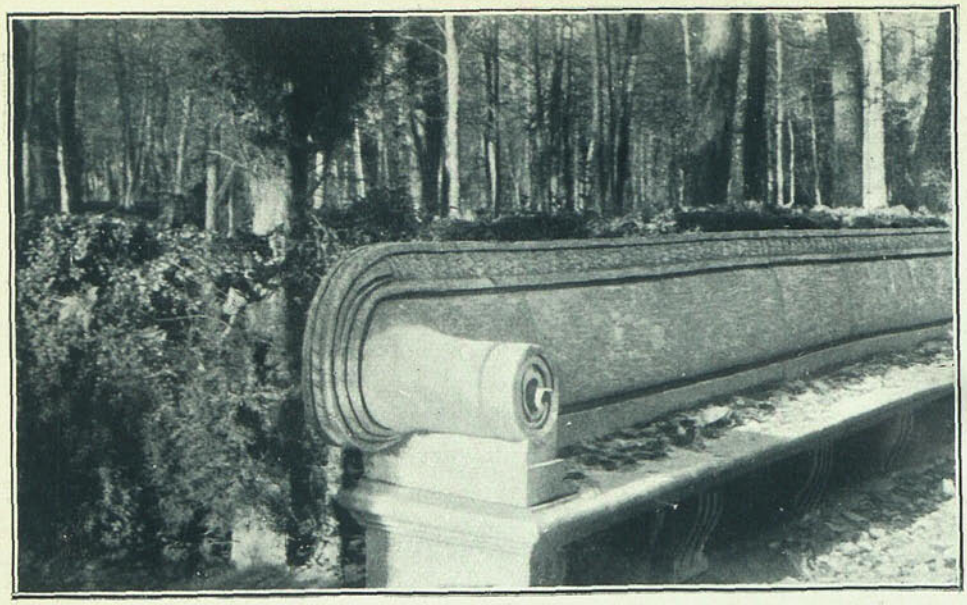
Jardines de Aranjuez.



Fuente de Hércules, en los jardines de Aranjuez.

Fots. J. de Winthuysen.

Biblioteca Nacional de España



Banco en los jardines de Aranjuez.

Restos del jardín del palacio de Cadalso de los Vidrios (Madrid).

Biblioteca Nacional de España

»Era, además, tanto de ver todos aquellos personajes echar el agua tan alta, cuál por los ojos, cuál por las narices, cuál por los cabellos, dedos, oídos, ombligos, junturas, piernas, que movían un ruido y daban un pasatiempo a la vista tan deleitoso, que os embebía y admiraba...

»Notó un lago o estanque, en el cual había diez gigantes de más de veinte palmos de altura...

»Llevaban sobre sus hombros un monte entero, en el cual se veían diversas piedras, conejos, venados, lagartos, culebras y otro género de sabandijas.

»Había una gigantona que con una saeta les hería y ella misma era oprimida de un cupidillo. ... era cosa de admiración ver todo y echar brotando el agua en unos chorros delicados tan altos como dos lanzas, tan delgados como hilos.

»Dió el pelegrino en una plaza en cuadrángulo, con las paredes cubiertas de hojas de naranjo, jazmines y otras cosas de jardinería, que las ornaban con sus flores y verduras. Está la tal plaza en medio del jardín, con sus calles que salen a todas las cuatro partes, y en ella veinticuatro bustos de emperadores, cónsules y capitanes generales de los romanos, los cuales bustos cada uno de por sí tiene un tabernáculo bien ordenado y curiosamente dispuesto...

»De allí prosiguieron por aquellas calles cubiertas de cidras, limones, y por las eras del huerto, viendo aquellos cuadros de diversidades de plantas traídas de Flandes y Alemania, y de los remotos confines de la Tierra.

»Por una carretera ancha y grande dió el pelegrino en un paseador de seis ventanas o puertas, que dan sobre un río grande.»

Así sigue *El Pelegrino Curioso* su maravillosa descripción, en mucha parte conforme con lo que más tarde Ponz, en sus viajes, anota de un modo menos poético, pero más razonado.

En el croquis que yo hice de la planta de este jardín, he anotado el emplazamiento que debieron tener las antiguas obras, guiado por las descripciones y los restos que aun subsisten.

En el jardín alto hubo una fuente de mármol con una estatua de Higía, y otra que representaba la Ignorancia. Esta fuente dice Ponz que estaba llena de surgidores de agua, y lo mismo otra inmediata, sobre cuya taza se alzaba un pedestal con un caballo de mármol.

En este sitio no existe hoy el menor vestigio de jardín.

Al lado izquierdo hay un espacio cuadrangular entre dos rampas, que llamaban la «plaza de Nápoles», en cuyo centro había una fuente monumental de forma octogonal, con cuatro tazas y muchas estatuas y juegos de agua, cercada por balaustradas, y en torno, otras ocho fuentes. Esta obra estaba firmada por Franchi Camiliani, florentino, en 1555 (todo ello ha sido desplazado). Limitaba esta plaza por la parte anterior una balaustrada, donde había estatuas de Venus, de Cupido, y dos sátiros, que servían de adorno a otras tantas fuentes.

De las figuras de arrayán, de los naranjos y de otras diferentes plantas que vió el Peregrino, y más tarde Ponz, nada queda.

En la parte baja del jardín había también un cenador de mármol jónico, con sorpresas de agua, dos fuentes de bronce y doce de loza de Talavera, de forma de

Biblioteca Nacional de España

conchas, y unos órganos hidráulicos, que el agua hacía sonar por ingenioso mecanismo.

Sólo restan las arcadas que hay en el muro del río, cuyos detalles, formados de estuco armado, no ha sido fácil arrancar.

Estos arcos nos dan bastante idea de la suntuosidad y bello estilo de esta antigua obra, cuyos detalles aun podrían salvarse.

En la llamada «plaza de Nápoles» hay al fondo cinco nichos. En el central está todavía en mármol un escudo de los duques, y en los laterales hubo otras figuras. Sólo resta una hermosa estatua de Andrómeda encadenada, a quien los campesinos llaman la *Reina Mora*.

En los sótanos del antiguo palacio he visto amontonados los restos del cenador jónico, las fuentes, las balaustradas y fragmentos de las finas esculturas de aquellos maravillosos jardines, destruídos por la necedad y la barbarie.

ESCURIALENSE

Decíamos anteriormente que los actuales jardines del monasterio del Escorial son distintos de los primitivos; pero la disposición general es la misma: cuatro recuadros en torno de cada fuente, y esto repetido varias veces por los lados de levante y mediodía del edificio.

En el lado de levante hace el jardín varios compartimientos divididos por elegante arquitectura.

En el siglo XVIII se hicieron grandes reformas: se plantaron los parterres de boj del patio de los Evangelistas, que tienen entre sus labores la fecha de 1717, y a esta misma época pertenecen los dibujos de los parterres del jardín, en todo semejantes.

Estos bellos dibujos están encerrados en fuertes setos, y sólo pueden verse desde las ventanas, pues andando por el jardín sólo se percibe una inmensa extensión de bancos de verdura de líneas rígidas, adornadas con bolas talladas en el mismo verdor. Perspectiva serena, tan de acuerdo con el carácter del edificio, que si no conociéramos su historia la creeríamos dispuesta por el propio Herrera. Este jardín hoy es muy distinto de como lo describió el P. Sigüenza. Tiene un carácter extrañamente severo, sujeto enteramente a las líneas del edificio, sin que asome apenas alguna flor ni interrumpa su empaque monótono el más ligero detalle que distraiga. Sus fuentes están mudas. Es un fondo apropiado para la silueta negra de los frailes que pasean por él en las tardes plácidas.

CASA DE LA MONEDA, DE SEGOVIA

El estilo escurialense está de manifiesto en el jardín de este edificio, que forma una terraza donde hay una fuente y antepecho decorados con bolas, y una escalera en disposición semejante a las que en El Escorial bajan del jardín a la huerta.

Biblioteca Nacional de España

Contiguo hay otro jardín de forma triangular, uno de cuyos lados limita el río Eresma. En el centro de este lado hay un pabellón con un balcón saliente sobre el río desde el que se divisa el Alcázar y el Parral.

Delante de la entrada de este pabellón, de marcado estilo herreriano, hay un surtidor que brota de una pila bellamente labrada.

Las plantaciones de este jardín, donde quedan algunas figuras de boj, están bastante desvirtuadas.

JARDÍN DE LA ZARZUELA

El jardín de la Zarzuela, situado en el monte del Pardo, forma una amplia terraza apoyada en un muro con nichos (siguiendo el mismo orden del Escorial) para resguardar en ellos naranjos y otras plantas delicadas. La baranda de hierro apoya en pilares de granito rematados por bolas.

Este jardín se encuentra en un estado lamentable, y sus robustas fuentes berroqueñas están ridículamente sembradas de verde. La fuente central hace pocos años que fué arrancada sin motivo alguno.

ARANJUEZ

En el jardín de la Isla, junto al lado en que el palacio conserva la arquitectura herreriana, hay un parterre que encierra por dos lados un muro con hornacinas, conteniendo bustos y asientos parecidos a los que existen en la arquitectura que divide los jardines del monasterio del Escorial.

En el nicho principal hay una escultura de Felipe II, que hace unos años tenía junto un leoncillo sobre cuya cabeza apoyaba la mano izquierda. En la mano derecha empuñaba el cetro. Ahora no hay ni leoncillo, ni cetro, ni manos.

No se concibe tan gran descuido dentro de los jardines reales.

Debajo de esta mutilada escultura, bastante apreciable, hay una lápida que dice:

EL REY NUESTRO SEÑOR DON FELIPE
MANDÓ ADORNAR ESTE JARDÍN CON LAS
ESTATUAS QUE EN ÉL HAY. 1623

Felipe II se ocupaba de un modo preferente de este Real Sitio.

Siendo aún Príncipe, en 17 de mayo de 1552, mandaba al alcaide de Aranjuez «que se acabe de limpiar el caz, hasta la madre vieja de Castillejo, y que de una y otra parte se planten chopos y fresnos», ... «que la alameda de San Remondo se cerque de un seto».

Siendo ya Rey, desde Amberes (11 de mayo de 1556) decía al mismo alcaide: «Si alguno de los chopos se hubieran perdido, mandaréis que se repongan lo más crecido que se supiere, porque no aparezca la desigualdad.»

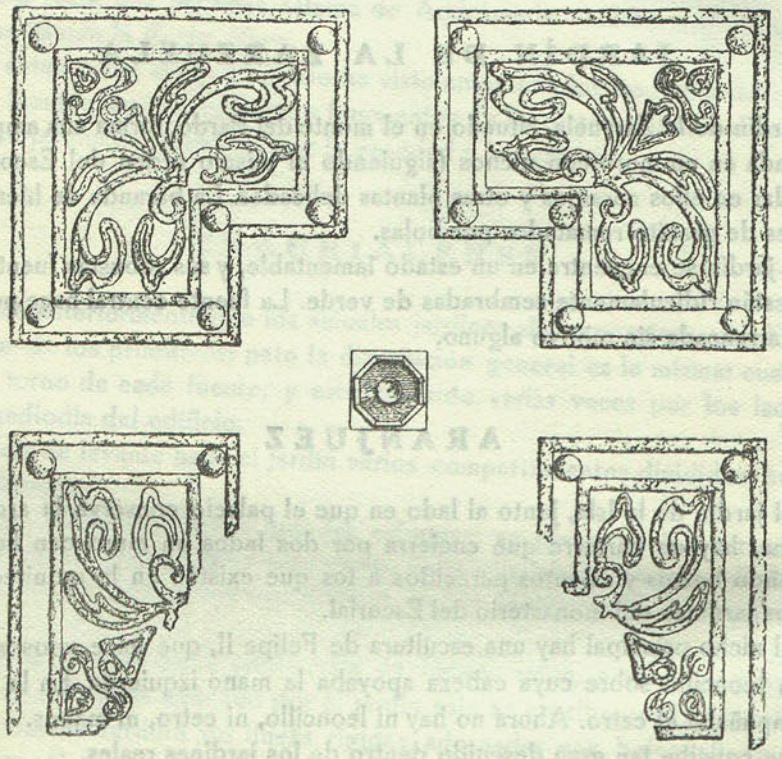
En 19 de diciembre del mismo año escribía desde Bruselas: «Yo querría que

Biblioteca Nacional de España

en todo caso, este año se hiciese en Aranjuez toda la plantación de chopos que tengo ordenada, y mirar mucho que las posturas sean buenas, y las que se pusieran en parte que puedan recibir daño de los ganados o venados, se les pongan sus defensas para que no puedan llegarse a ellos ni roerlos. Conforme a lo que Gaspar Vega vió que está hecho en el parque de Bruselas.»

No cabe más amor ni atención más minuciosa.

La arquitectura mostrada y algunas fuentes de berroqueña que hay en la Isla,



Aranjuez. — Detalle de trazado del jardín de la Isla.

son los restos más antiguos que existen en este jardín, que, como hemos dicho, tuvo gran importancia desde tiempos remotos; pero, anterior a los citados restos, no conocemos nada.

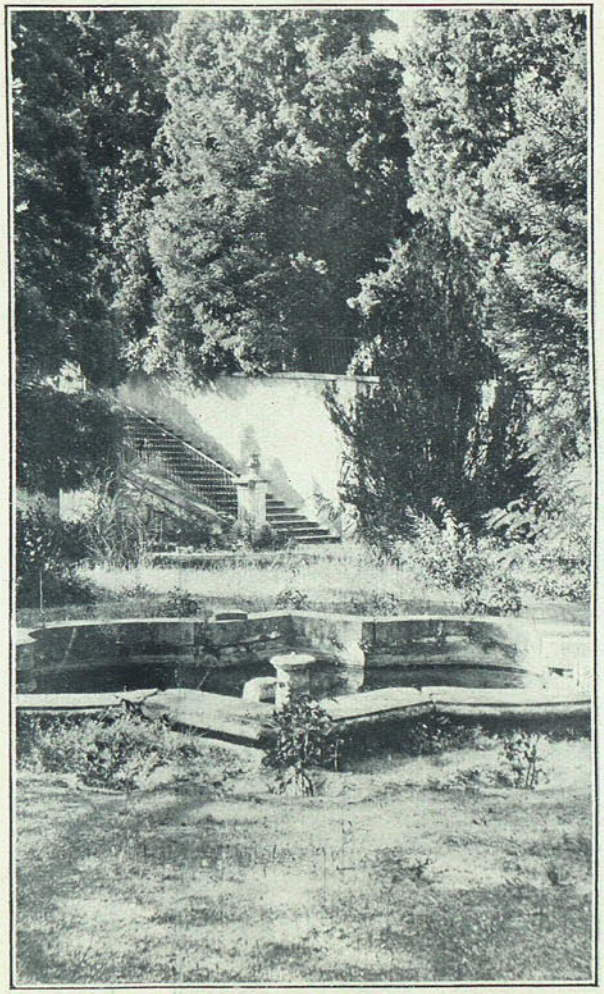
El jardín de la Isla es verdaderamente suntuoso y contiene bellas obras del siglo XVII. Su emplazamiento, rodeado por las aguas verdes del Tajo, no puede ser más soberbio. Desde el parterre del palacio se entra a estos jardines por un puente adornado con pedestales y esculturas.

Todo él está lleno de figuras de mármol, vasos, pedestales y balaustradas, fuentes magníficamente labradas, con figuras o escenas mitológicas, y parterres de bojes tallados con esmerados dibujos.

El jardín del Príncipe también contiene grandes bellezas, tanto en los detalles arquitectónicos como en la disposición de su magnífica arboleda.

Biblioteca Nacional de España

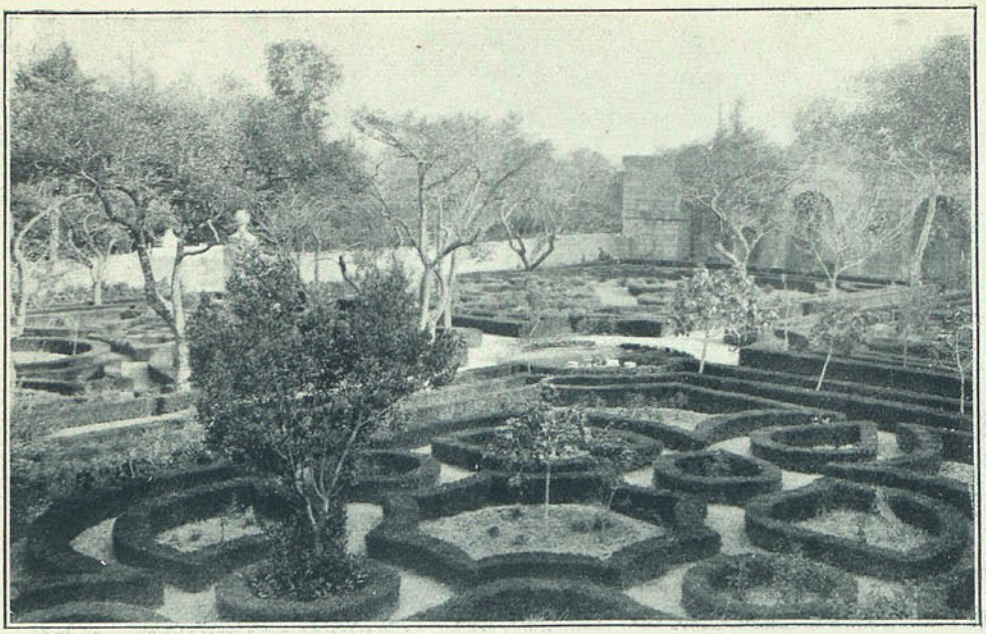
Ingreso a los jardines de la Real quinta del Pardo.

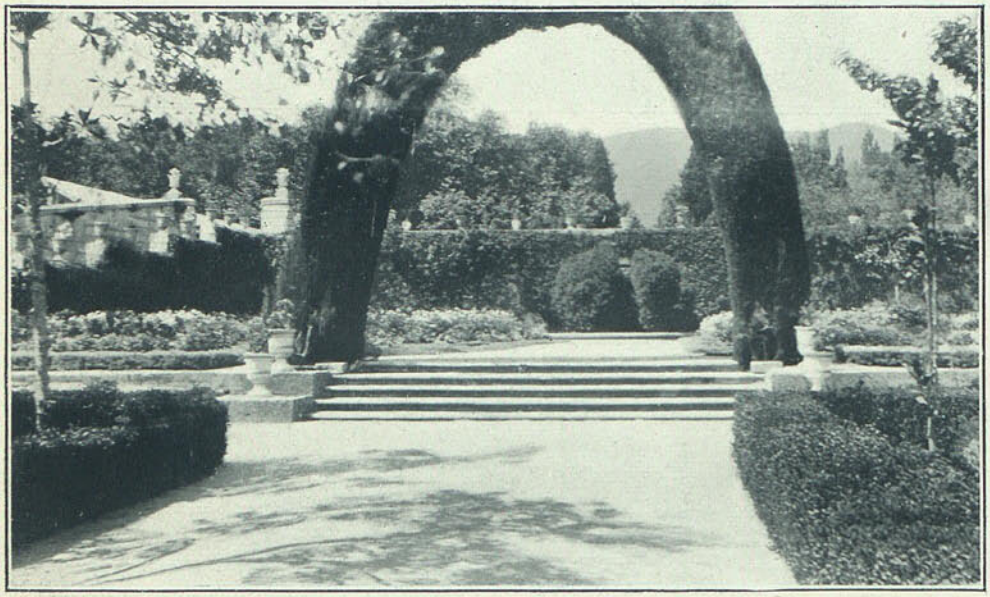


Jardines de la Real quinta del Pardo.

Fots. J. de Winthuysen.

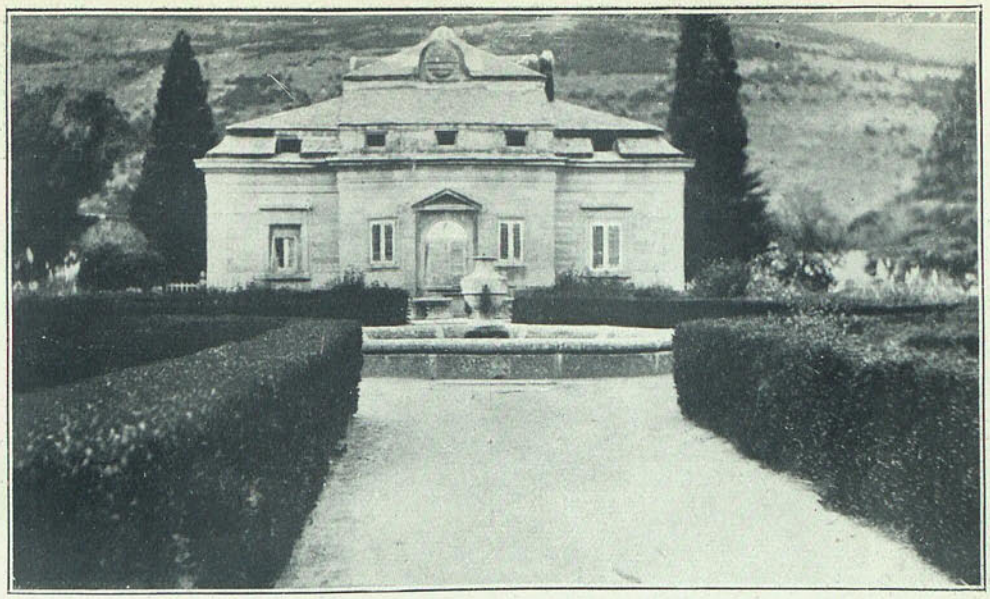
Biblioteca Nacional de España



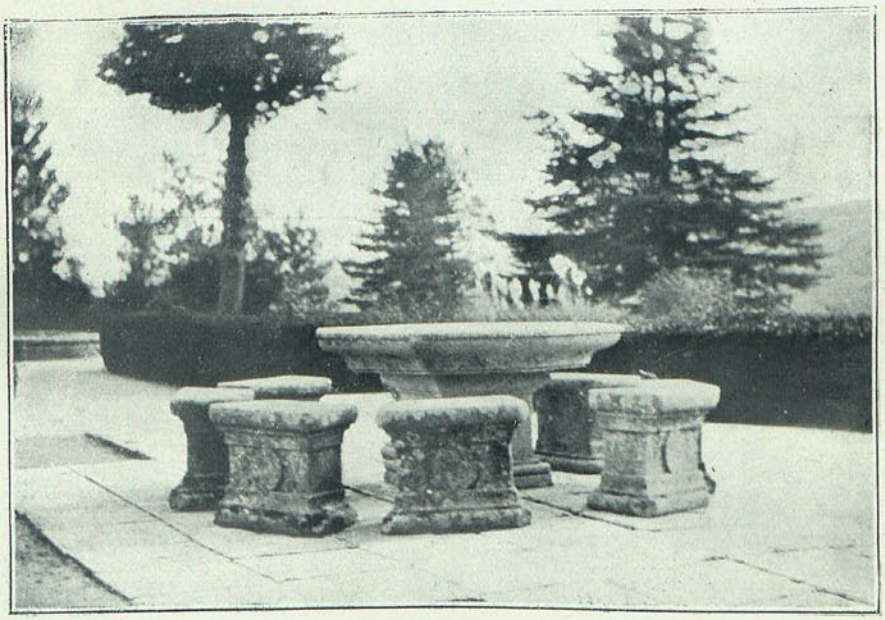


JARDINES DE LA CASITA DEL PRÍNCIPE, EN EL ESCORIAL. Fots. J. de Winthuysen.

Biblioteca Nacional de España



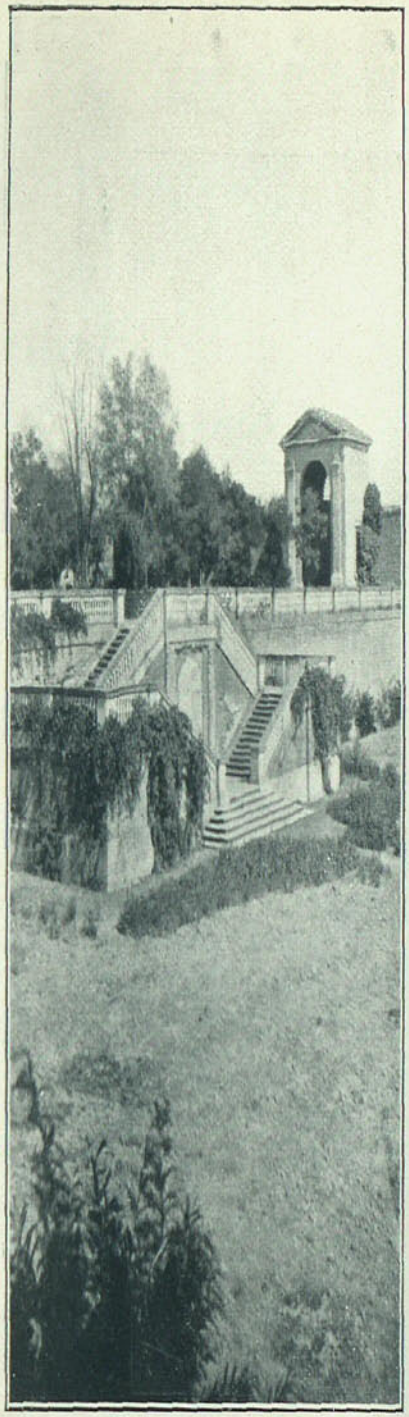
Jardines de la Casita de Arriba, en San Lorenzo del Escorial.



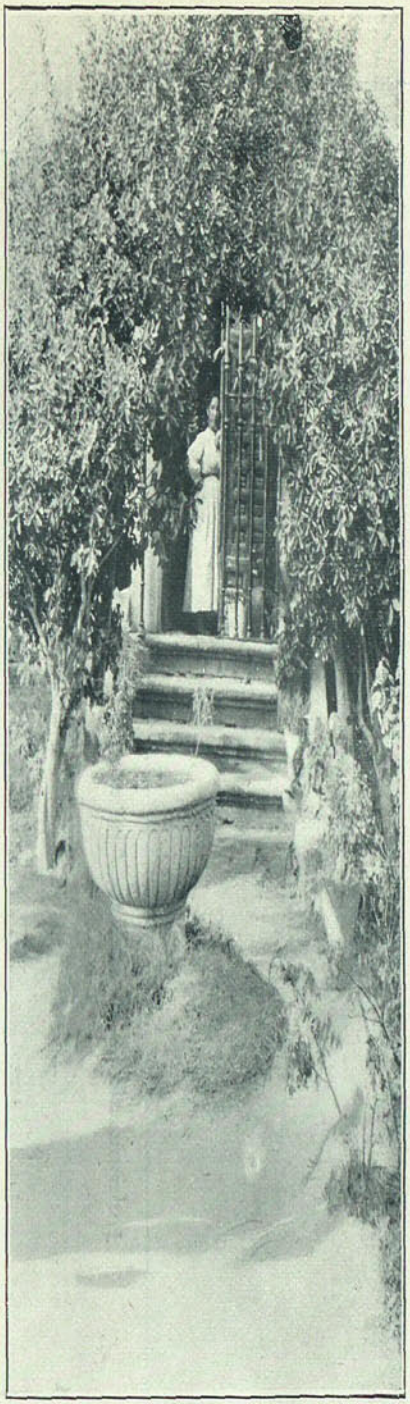
Banco en los jardines de la Casita de Arriba, en San Lorenzo del Escorial.

Fots. J. de Winthuysen.

Biblioteca Nacional de España



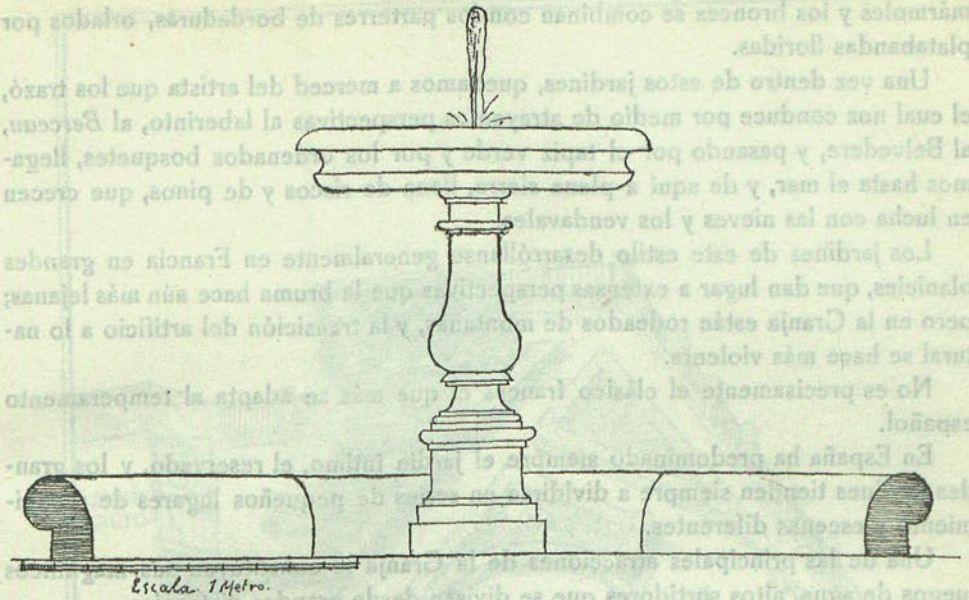
Jardín del palacio de Boadilla del Monte
(provincia de Madrid).



Jardín del palacio de los marqueses de Velada
(provincia de Toledo).

Fots. J. de Winthuysen.

Biblioteca Nacional de España



Fuente en el jardín de la Isla de Aranjuez.

Muchas reformas se hicieron en estos jardines durante el siglo XVIII, tanto con arreglo al clásico francés como en el reinado de Carlos III.

Carlos IV construyó la casa del Labrador, y hasta la actualidad se han seguido haciendo reformas importantes.

ESTILO CLÁSICO FRANCÉS
EL REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO, O LA GRANJA

Con el advenimiento de la casa de Borbón, se implanta en España el jardín clásico francés, cuyo estilo culmina en Le Nôtre, al cual se deben, no solamente las conocidas obras de Versalles, Saint-Cloud, etc., de Francia, sino otros varios que trazó en Italia y en Inglaterra.

El estilo de Le Nôtre imprime a los jardines caracteres especiales de unidad y hace de ellos una obra en la que la Naturaleza queda supeditada al arte. Hasta la bravía sierra que asoma por encima de los ordenados bosques de la Granja, pierde su aspecto agreste y parece el fondo de un cuadro académico.

Moralle, un contemporáneo de Le Nôtre, le reprochaba que su arte era fastidioso, que era un usurpador que había sustituído la Naturaleza con los elementos que de ella misma había tomado. No obstante, la ordenación de este estilo es magnífica. Atiende en primer lugar a armonizar espacios y macizos, y a mostrar las grandes perspectivas, llevándonos como de la mano desde el palacio a plena Naturaleza, gradualmente, pasando del parterre al bosque, conduciéndonos, divertidos con los juegos de agua y las diversas escenas.

En torno al palacio los tejos y los bojes forman figuras correctamente talladas, y en algunos casos están tallados también los grandes árboles de las avenidas. Los

Biblioteca Nacional de España

mármoles y los bronces se combinan con los parterres de bordaduras, orlados por platabandas floridas.

Una vez dentro de estos jardines, quedamos a merced del artista que los trazó, el cual nos conduce por medio de atrayentes perspectivas al laberinto, al *Berceau*, al Belvedere, y pasando por el tapiz verde y por los ordenados bosquetes, llegamos hasta el mar, y de aquí a plena sierra, llena de riscos y de pinos, que crecen en lucha con las nieves y los vendavales.

Los jardines de este estilo desarróllanse generalmente en Francia en grandes planicies, que dan lugar a extensas perspectivas que la bruma hace aún más lejanas; pero en la Granja están rodeados de montañas, y la transición del artificio a lo natural se hace más violenta.

No es precisamente el clásico francés el que más se adapta al temperamento español.

En España ha predominado siempre el jardín íntimo, el reservado, y los grandes jardines tienden siempre a dividirse en series de pequeños lugares de recogimiento y escenas diferentes.

Una de las principales atracciones de la Granja la constituyen sus magníficos juegos de agua, altos surtidores que se divisan desde grandes distancias.

REAL QUINTA EN EL PARDO

A pocos kilómetros de Madrid existe un pequeño jardín de esta época, de una belleza y de una intimidad verdaderamente poéticas. Es el jardín de la Quinta, dentro del monte del Pardo, que fué mandado construír por el duque de Arco en 1717 (época de las reformas de los parterres del Escorial) y pasó al Patrimonio Real en 1745.

Hoy se encuentra en lamentable abandono.

Está formado este jardín por varios planos; en el más alto de ellos hay un estanque rodeado de un muro semicircular con nichos, donde hubo esculturas.

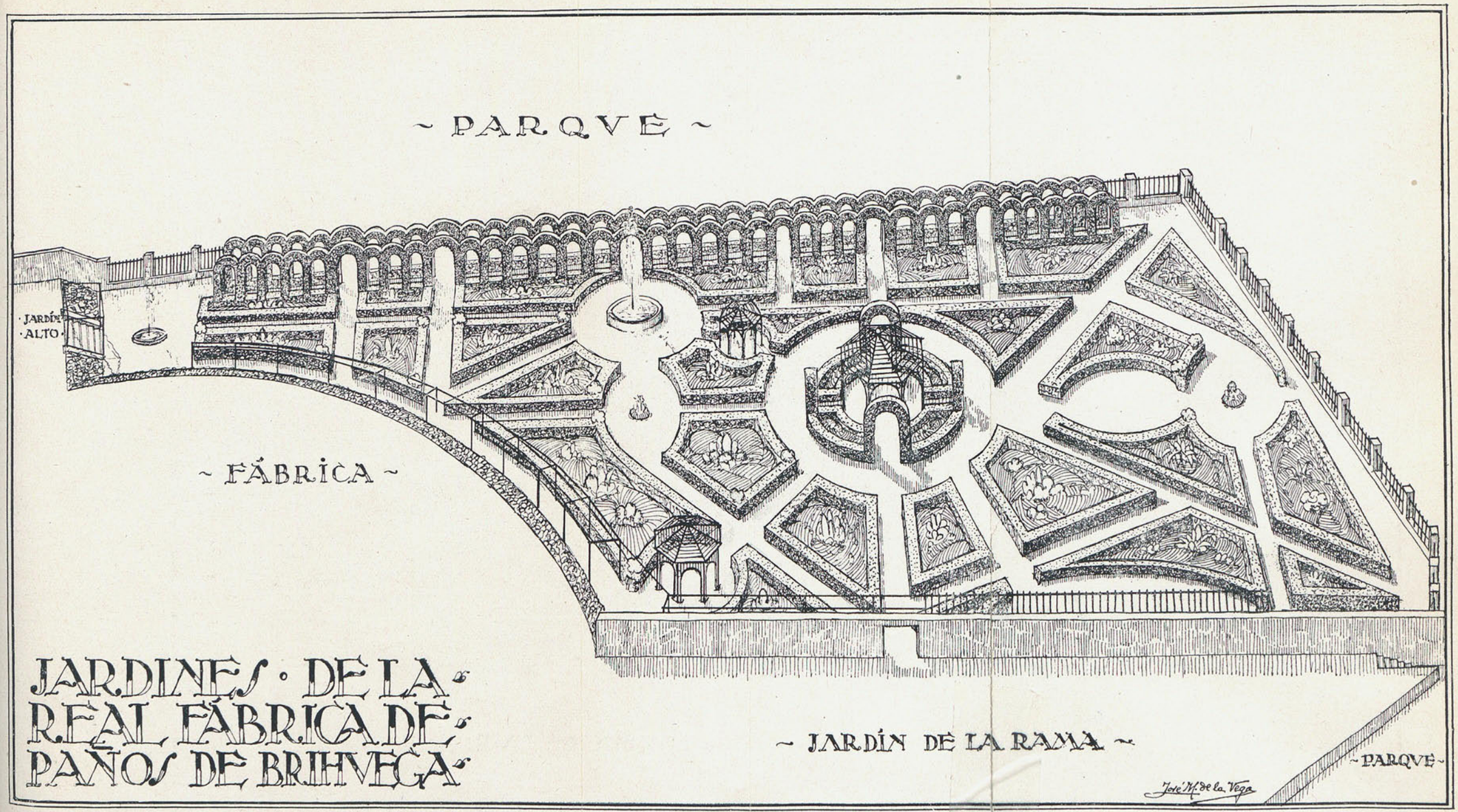
Sigue otro plano más bajo, con una fuente en el centro y barandal con esculturas de mármol de marcado gusto francés, sobre bellos pedestales. A los dos lados de este barandal hay sendas escaleras en la misma forma decoradas, y entre ambas, un muro con nichos donde también hubo estatuas, y en el centro de esta decoración una preciosa cascada, parecida a la que hay en Saint-Cloud, cerca de París.

En este plano, donde está el depósito de la cascada, hay dos surtidores de graciosa forma.

Termina esta planicie en otro barandal, donde hay figuras de mármol bastante destrozadas, y se desciende al último plano, donde entre las plantas, que crecen a su antojo, encontraremos escondida una preciosa taza de mármol, cuyo pie lo forman cuatro delfines.

Todo el jardín está descuidadísimo, sus parterres arrancados, y, en cambio, le han plantado una porción de grandes coníferas, tan desdichadamente emplazadas, que tapan todas las perspectivas.

Biblioteca Nacional de España



Dibujo de José M. de la Vega, alumno de la Escuela Superior de Arquitectura.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

CARLOS III

En esta época se llevan a cabo grandes reformas en nuestros jardines, y se crean una serie de jardincitos cuyo estilo está más en armonia con nuestro carácter que el pomposo estilo francés.

A los detalles efectistas y a las escenas teatrales compuestas con figuras de plomo pintado, que tanto abundan en los otros de la Granja, se suceden los detalles ricos y de gusto severo, propios de la elegancia y sobriedad españolas.

EL ESCORIAL. — CASITA DEL PRÍNCIPE

Construída en 1772 por el arquitecto Villanueva para Carlos IV, entonces Príncipe de Asturias.

Tiene el jardín cuatro entradas; la principal, con sus garitas, cuerpo de guardia y puertecillas adosadas.

La traza del jardín está dividida en dos partes por el palacete y sus dependencias, y aunque muy desvirtuado el orden de sus plantaciones y desaparecidas las labores de boj, restan trozos donde los bojes y las figuras de tejo han sido conservadas.

Todos sus detalles de berroqueña y sus vasos esmaltados son de buen gusto. Pero el carácter de este jardín está desvirtuado por las grandes coníferas que, como en casi todos los jardines reales, fueron plantadas a mediados del siglo XIX.

EL ESCORIAL
CASITA DE ARRIBA Y EL CASINO DEL INFANTE

Se construyó a expensas del Infante D. Gabriel, hijo de Carlos III. Está sumamente descuidada. Tiene la tristeza de un cementerio este lugar de placer, que estuvo también en auge en tiempos de Fernando VII, cuya tercera esposa, doña María Amalia de Sajonia, hizo que se ampliara esta posesión, y mandó plantar numerosos jazmines.

La entrada de la Casita está guardada por dos esfinges y cercada por verja de madera y pilares de berroqueña, de cuya piedra es toda la obra.

La situación de estos jardines es magnífica, y preciosos los detalles de fábrica que la decoran, como la mesa octogonal, con sus ocho asientos, y las sencillas fuentes que hay en los parterres laterales, hoy completamente destrozados.

* * *

Otros pequeños jardines fueron construídos en esta época para los hijos de Carlos III: en El Pardo, el llamado también del Príncipe, con un precioso palacete y bellos parterres; cerca de la Granja existe también el de Robledo, y hay otros, tanto en las posesiones reales, como de propiedad particular.

Biblioteca Nacional de España

BOADILLA DEL MONTE

El Infante D. Luis de Borbón, llamado el Infante Cardenal, dimitió sus cargos, tomó el título de conde de Chinchón y fué desterrado de Madrid por haberse casado con una particular. Construyó varios jardines. El de Boadilla, cerca de Pozuelo, es verdaderamente soberbio.

Frente al palacio se alza una fuente monumental de granito, de estilo bello y severo.

Los jardines, situados detrás del palacio, forman una terraza, desde la que se desciende por monumentales escaleras a la parte inferior, que está devastada, conservándose en ella algunas figuras de boj tallado; pero en la terraza hay un parterre que se encuentra perfectamente conservado.

Contiguo al jardín, un gran estanque seco y algunos árboles corpulentos indican la importancia del parque de este gran palacio, situado en medio de un encinar.

BRIHUEGA

Un bellísimo jardín de esta época nos encontramos en plena Alcarria. Pertenece a la Real Fábrica de Paños, cuyo edificio se construyó en los reinados de Fernando IV y Carlos III. El trozo que se conserva de estos jardines más bien parece de un palacio que de una fábrica. Este trozo, gracias a la cultura de sus actuales poseedores, los Sres. de Cabañas, se encuentra, no solamente bien conservado, sino cultivado con todo esmero.

Su traza es irregular, pero dividida por figuras que lo hacen perfectamente armónico, y se caracteriza el orden de sus plantaciones por cuadros de bojes que encierran macizos de flores. Numerosas arcadas de ciprés presentan diversos aspectos a la entrada de los pabellones o formando calles de verdor.

La situación de este jardín es espléndida, dominando, por un lado, el extenso valle de erosión por donde corre el Tajuña, y por el otro el pueblo de Brihuega, cercado de rotas murallas y asentado en la ladera pardobermeja.

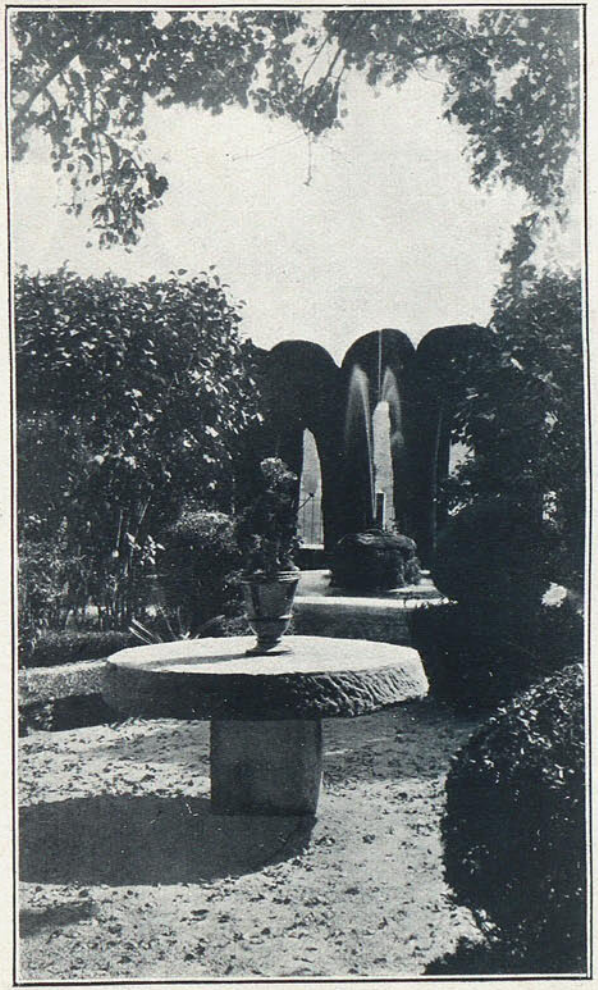
REAL SITIO DE LA FLORIDA (MONCLOA)

Por falta de lugar dejamos de tratar de varios importantes jardines, como la Alameda del duque de Osuna, magnífico parque, hoy propiedad de los señores de Bauer, los del palacio de Liria y otros muchos de gran importancia.

En los primeros años del siglo XIX se formó la posesión Real de la Florida con varias fincas que adquirió el Real Patrimonio, componiendo una posesión que se extendía desde San Antonio de la Florida hasta Puerta de Hierro, y ocupando también considerable anchura.

Una de las fincas que entraron a formar parte de ella fué la Moncloa, con su palacete, construído en el siglo XVII por el marqués de Sicher, y que perteneció en el XVIII a la gentil duquesa que inmortalizó Goya.

Biblioteca Nacional de España



JARDINES DE LA REAL FÁBRICA DE PAÑOS DE BRIHUEGA (GUADALAJARA).

Fots. J. de Winthuysen.

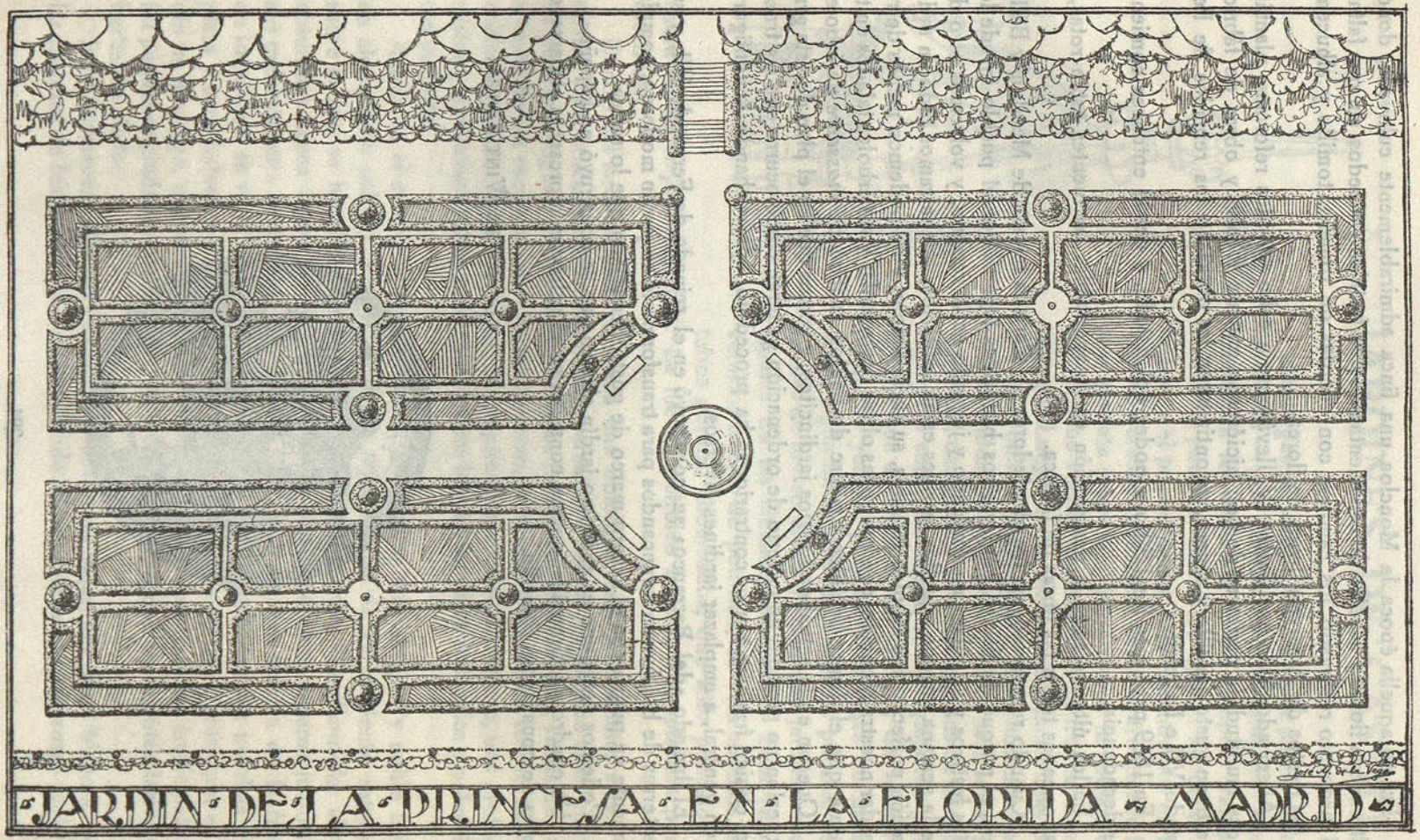
Biblioteca Nacional de España

Antiguo Real sitio de la Florida.
Fuente del Laberinto.

Antiguo Real sitio de la Florida. — Fuente del jardín de la Princesa.

Fots. J. de Winthuysen.

Biblioteca Nacional de España



JARDIN DE LA PRINCESA EN LA FLORIDA MADRID

Biblioteca Nacional de España

Era en aquella época la Moncloa una finca admirablemente cultivada, donde alternaban flores y árboles de ornamentación con frutales y viñedos, sin que faltara el jardincito reservado, los caminos con cuerdas de romero, tomillo y alhucema y los tiestos de Alcorcón llenos de flores.

Al ser adquirido por Carlos IV, lleváronse a cabo grandes reformas, plantándose multitud de parterres de boj; hiciéronse muchas fuentes y obras de fábrica, de buen gusto sencillo y severo, y continuaron las obras en los reinados de Fernando VII e Isabel II.

En 1869 pasó este Real Sitio a poder del Estado, y desde entonces comienza su decadencia.

En los últimos años la destrucción es inconcebible: las fuentes están rotas, y estropeadas todas las obras de fábrica.

Cuando recorremos en los alrededores de París la terraza de Meudon y Bellevue, el parque de Saint-Cloud y otros históricos lugares que el pueblo invade los días festivos y se solaza merendando y jugando en la verdura, y volvemos otro día de la semana en que aquellos parajes están solitarios, encontramos todo en ordenación perfecta: los árboles intactos, su suelo limpio, y no podemos menos de recordar nuestra Moncloa, con sus bellas obras destrozadas y sus árboles talados en tal forma que el ilustre botánico Leclerc du Sablon calificó de *massacre* de árboles.

Quedan en la actualidad varios jardincitos, y vemos que en el plan de esta gran posesión no presidió un criterio de ordenación general, como ocurre con las trazas del clásico francés; por lo contrario, se ha procedido, aprovechando la configuración general, a emplazar jardines diversos.

El llamado «del Barranco» se construyó en el reinado de Fernando VII, y sus parterres de boj fueron arrancandos para transformarlo en jardín moderno, completamente en pugna con el severo marco de gusto herreriano que lo rodea.

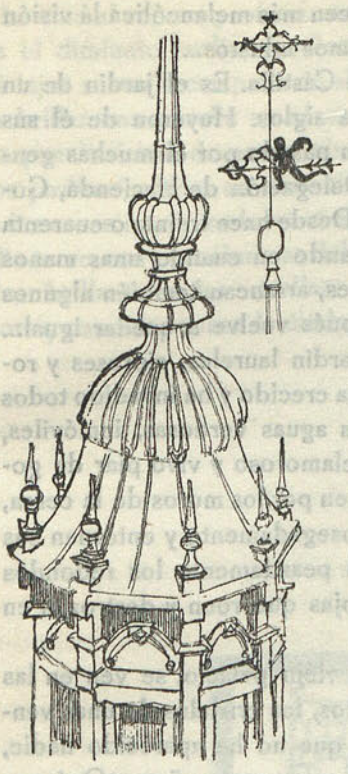
Podemos decir que es el último jardín clásico que se construyó en España.

Un cuadro de Granvilla, que se conserva en el palacete, representa el barranco antes de construirse el jardín.

JAVIER DE WINTHUYSEN.

Biblioteca Nacional de España

JARDINES DE CASTILLA



Dispóngase el lector a dar un breve paseo — *ideal, fantástico* — por Castilla. No veremos los monumentos, ni las ciudades, ni los campos. Vamos a visitar los jardines. Cierre los ojos el lector; ya estamos en el primer jardín. Nos encontramos en una diminuta ciudad castellana; en el centro de ella hay una glorieta o jardín. Viejos olmos la rodean con sus troncos recios, rugosos, con su fronda áspera, obscura. Luego, en el medio, se alínean unas bandas de evónimos polvorientos; a trechos están pajizos, amarillos; las avenidas o pasos del jardín son estrechos, desiguales; atraviesa algunos de ellos una reguera o somera acequia; se ven guijarros puntiagudos que sobresalen del terreno; de trecho en trecho se yergue, puesto en un poste de madera tosca, algún farol. Tienen un aspecto peculiar estos faroles de los sórdidos y pequeños jardines municipales de las ciudades castellanas. Eran faroles, vetustos faroles de petróleo; se veía en ellos esos tubos gordos, abombados, que sólo podemos ver ahora en las viejas fotografías. La luz de petróleo ha sido reemplazada por la eléctrica.

Dentro del farol ha sido colocada una bombilla; está polvoriento, sucio, sin cristal, y los cristales del farol han desaparecido o alguno de ellos se muestra roto en pedazos. Alguno de los postes de estos faroles aparece ladeado, vacilante, bien a causa de los recios vendavales de invierno, o bien por los esfuerzos de los chicuelos o mozalbetes de la ciudad. Se respira un profundo abandono, una profunda tristeza, una irremediable y desconsoladora laxitud en estos reducidos y polvorientos jardines.

Acaso en el centro se ve una fuente de piedra, una antigua y noble fuente de algún viejo palacio o caserón, traída aquí, sacada de su ambiente natural, y sobre la que se ha colocado, desfigurándola, mutilándola, *humillándola,* alguna absurda y tosca figura de hierro fundido, de hierro con sus ásperas junturas y sus granulaciones. El jardín está solitario; allá a lo lejos, por encima de la fronda de los olmos, se ve la torre de la iglesia; más cerca, aparecen los porches de la plaza y unos balcones panzudos, desnivelados. De tarde en tarde cruza por el jardín un mendigo, que se sienta en un banco, o uno de esos guardias municipales de las pequeñas ciudades castellanas, astrosos, grasientos, con los bigotes lacios y la barba sin afeitar.

En la primavera algunos rosales dan sus rosas rojas, sus rosas blancas, entre las tristezas de los evónimos, en el profundo silencio de la ciudad; rosas fugitivas,

Biblioteca Nacional de España

rosas pasajeras, rosas que duran un momento y que hacen más melancólica la visión de este reducido jardín, con sus faroles rotos y sus olmos adustos...

Sigamos caminando. Ya estamos en otro jardín de Castilla. Es el jardín de un antiguo y bello palacio. Fué bello el palacio hace tres siglos. Huyeron de él sus naturales y magníficos moradores. Desde entonces han pasado por él muchas gentes. Ha sido el palacio Intendencia de la provincia, Delegación de Hacienda, Gobierno civil. Detrás del edificio se extiende el jardín. Desde hace treinta o cuarenta años no ha sido cuidado por ningún jardinero. De cuando en cuando unas manos crueles cortan bárbaramente las ramas de los árboles, arrancan también algunos troncos (para las chimeneas del caserón) y todo después vuelve a quedar igual... no igual, sino despedazado y destrozado. Hay en el jardín laureles, cipreses y rosales. Las alamedas están intransitables; la vegetación ha crecido y ha invadido todos los viales y arriates; un estanque reducido tiene sus aguas verdosas, inmóviles, llenas de hojas y de ramas. Se oye por la mañana un clamoroso y vivo piar de gorriones; en las horas de sol salen por las avenidas, suben por los muros de la cerca, lentos lagartos y diminutas lagartijas, que se pasean sosegadamente y entornan sus ojuelos. En la primavera, sobre las rosas, revolotean pesadamente los redondos cetonios y van entrando entre las frescas y olorosas hojas que roen y destrozan en silencio.

No llega ningún ruido al jardín. En el fondo, en el viejo palacio, se ven en las ventanas unos cristales rotos, unos cristales polvorientos, los cristales de unas ventanas que no se han abierto hace muchos años, en las que no ha aparecido nadie, a las que no se ha asomado la vida desde hace treinta o cuarenta años. ¿Qué nos dice este jardín en abandono y qué sugieren a nuestro espíritu estas ventanas cerradas, estos cristales rotos, cristales lamentables, que son a estos otros jardines lo que los faroles son a los otros pequeños tristes jardines municipales?

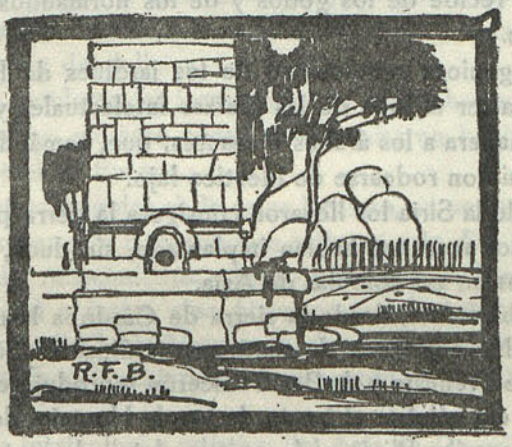
Continuemos en nuestra marcha. Volvamos a cerrar los ojos. Ya estamos en otro diminuto y castizo jardín. Caminamos lentamente por los claustros de una colegiata o de una catedral. Los jardines interiores, cerrados, aprisionados, tienen un encanto particular que no tienen los libres, los que se extienden en campo abierto o en el centro de las ciudades. En nuestras catedrales, en León, en Ávila, por ejemplo, existen reducidos jardines de éstos que son tan melancólicos y están tan abandonados como los descritos anteriormente.

No son casi jardines. Si alguna vez estuvieron cuidados y atendidos, hace ya tiempo que no lo están. La maleza crece libremente en su ambito. Como el espacio de que se dispone para ello es muy reducido, a poco que se deje sin cuidarlos, la vegetación lo invade locamente todo. Además, en estas iglesias y catedrales las reparaciones que se han ido haciendo en ellas y las que se hacen continuamente han dejado el pequeño jardín lleno de escombros y de sillares. En los muros del claustro se ven las tumbas de guerreros, obispos y teólogos de hace cuatro o seis siglos. Sólo de tarde en tarde resuenan pasos sobre las losas y bajo las bóvedas de la venerable galería. Se oyen claras y silbantes las campanadas que caen de la alta torre. A veces, al abrirse una puertecilla, por la mañana, llega al silencioso jardín el sonido confuso y armonioso del órgano. Por la tarde nada turba el sosiego.

Biblioteca Nacional de España

La ciudad reposa profundamente. En el caer de la tarde va llenándose de sombras el diminuto jardín; revolotean blandos, elásticos, los primeros vespertillos. Allá lejos suena la campana de algún convento. Ha llegado el crepúsculo. Comienza a brillar una estrella en el cielo obscurecido. Entonces es la hora propicia, la hora peculiarísima de estos minúsculos y aprisionados jardines: es la hora en que estos jardines entran en armonía y comunión íntima y secreta con el ambiente y con las cosas que le rodean: con las tumbas de los guerreros y de los obispos, con la alta torre, con las columnas del claustro, con el cielo obscuro y sereno, con el parpadear brillante de las estrellas, con las campanadas del *Angelus*, que caen lentas, sonoras, pausadas sobre la ciudad...

AZORÍN.



Biblioteca Nacional de España

JARDINES ANDALUCES

¿Gobiernan el arte fórmulas generales que la tradición transmite? Sus formas, sus expresiones, se modifican necesariamente bajo la influencia de cotidianas exigencias, cuyo conjunto imprime a todas las obras de una época y de una región una fisonomía peculiar, que está en armonía, no sólo con los principales rasgos de sus costumbres, sino también con las tendencias y la vivacidad de su espíritu, con su genio propio. Mejor que toda obra de arte, los jardines se deben a la colaboración de la Naturaleza y del hombre. Reflejan los sentimientos y los gustos de una raza, expresan la manera cómo interpreta la Naturaleza; resumen, después de siglos de experiencia en que sus tradiciones se establecen, los resultados de su perfecta adaptación al suelo.

En Andalucía, antes de atraer a su fértil tierra, bajo un cielo casi siempre azul, a los industriosos latinos, recibió primero la simiente de la civilización asiática de los libios, de los fenicios, de los más audaces pueblos de Oriente. Después, la floreciente Bética romana, ya enriquecida con preciosos trabajos de irrigación y de arte grecorromano, recibe de los godos y de los normandos influencias, normas extranjeras y nuevas.

Más tarde, la ingeniosa suntuosidad de los jardines de Persia, que bajo los aqueménides llegó a ser el foco de las fuerzas intelectuales y artísticas del Asia, impresionó de tal manera a los árabes invasores, que, tomándola éstos, más artistas y artesanos, quisieron rodearse de idéntico lujo.

De Damasco y de la Siria los llevaron consigo a la tierra predestinada de Andalucía, donde ya los romanos habían implantado, sin duda, como en Pompeya, modelos encontrados en sus colonias de Asia.

Elevaron, probablemente, desde la sierra de Córdoba hasta la espuma blanca del Mediterráneo. ¿No cubrieron de suntuosos jardines La Sabina montañosa, las colinas de Tívoli, de Preneste y de Baya? Cicerón reprodujo en Tusculum algunos jardines de Atenas; era célebre el fausto de los de Horacio, de Escipión, de Lúculo; y en sus cartas describe Plinio *el Joven* muy detalladamente los suyos.

Los recién llegados — orientales más refinados y más delicados — trajeron a esta tierra, enriquecida ya de tantos esfuerzos, sus gustos por los colores vivos, los perfumes penetrantes, los mármoles raros, las aguas abundantes y ligeras.

Los exquisitos artistas de Persia introdujeron sus métodos y sus leyendas.

Al dibujo hábil de los edificios se asociaba la ciencia del trazo de los jardines, de la combinación de plantas olorosas, de flores brillantes, de frutos, de sombríos follajes, con innumerables fuentes, pozos discretos y menudos surtidores de agua, encuadrados por deslumbradores esmaltes. Los emparrados y las enredaderas de rosas, los arcos de laureles, de bojes, de cipreses, los setos, las altas paredes de mirtos, debieron ser accesorios de un fondo común a todas las tradiciones de jardinería, entremezcladas en esta tierra de voluptuosidad fecunda, tan a menudo envidiada.

Biblioteca Nacional de España

La simetría en la ordenacion, sin recordar jamás las amplias formas de los jardines franceses de los siglos XVI y XVII, se conservaba en el secreto de altas murallas. Era cerrado el jardín destinado a las mujeres. *Hortus conclussus*, dice la Biblia. Pero en los cruceros, en los extremos de las avenidas de mármol y porcelana, se levantaban pabellones, ligeros y frescos abrigos, cuyas terrazas permitían a los ojos de las mujeres reclusas escaparse de la clausura y gozar del panorama.

En el trazo rectangular de las alamedas, en los cuadrados rigurosamente limitados, donde se incrustaba a menudo un cuadro de sendos arbustos, brillaban, entre arbolitos y palmeras, flores esparcidas al gusto del jardinero: tulipanes y jacintos, claveles, rosas y jazmines... Los cipreses sombríos, siempre verdes — árboles de la Venus asiria —, símbolos de la perpetuidad de la vida o de la inmortalidad del alma, realzaban con sus negras siluetas, veneradas siempre, las flores tiernas de los almendros, de los melocotones, de los duraznos que los sabios jardineros persas habían traído de Europa. En los cuadrados, formados por un trazo geométrico riguroso, estas plantas eran dispersadas con intención, irregular y caprichosamente distribuídas.

La regularidad del conjunto no era la misma del triste y monótono jardín del Escorial; tampoco la fría complicación de nuestros ornamentos de flores, sino un lugar encantado en que el cielo ardiente y azul, la frescura del agua y de las hojas, los perfumes, los colores, y juntamente el orden y el capricho, conspiran a la creación de un paraíso de delicias.

Las tradiciones seculares, las inspiraciones y obras heteróclitas de pueblos diversos, fundidas en un ardiente crisol, se armonizaron hábilmente en este nuevo laboratorio intelectual de Europa.

Arte para nosotros singular el de estos jardines, en un pueblo cuyo refinamiento, hoy castizo, proviene de muy antiguas culturas; arte diez mil veces secular, que inspiró a la Italia del renacimiento, y luego a Holanda, a Francia y a Europa toda. Arte no sólo oriental o árabe, sino hispanooriental. Arte admirable, que del siglo IX al XV se extendió hasta Marruecos, donde se le encuentra hoy reducido, es cierto, a sus principios rudimentarios, y conservado así inmutable en la inmovilidad árabe.

A Persia, hogar intelectual y artístico del Asia de los primeros siglos, se había atribuído este nuevo foco de las tierras occidentales. En los jardines de estos países de la sed, de estío reseco, el agua es el elemento más precioso y esencial. Es la vida, la fertilidad de la tierra. Las gentes de Asia expresan en un proverbio su importancia como fuente de placer y de riqueza: «¡Tres rumores son, sobre todas las cosas, agradables a los hombres: la voz de la mujer amada, el sonido del oro y el rumor del agua!» La sutil ingeniosidad de estas razas afinadas halló en el agua voluptuosidades y riqueza. Para hacerla más deseable aún, se la multiplica en menudos surtidores, se la recoge en mármoles y lozas deslumbrantes, para que así sean más sensibles su frescura y su limpieza. De los pozos se esparce en fuentes azules, en pequeños canales brillantemente coloreados, como estuches de piedras preciosas. Corre y sigue nuestros pasos entre la vegetación exuberante y caprichosa.

Cautivadora ingeniosidad de artífices de genio que han sabido exaltar los gozos

Biblioteca Nacional de España

de las aguas fecundas y frescas, las bellezas de flores innumerables por la riqueza del cuadro en que las colocaban, que han dominado al mismo tiempo el brillo de los colores, de los perfumes, la dulce tentación de los frutos, sujetándolos a un perezoso diletantismo.

Y con tal fin van dispuestos estos jardines en terrazas horizontales que imponen la repetición de algunas gradas, objetos también de decoración, encantadora variedad de niveles diferentes netamente asentados.

Y por eso también tienen su aspecto saliente estas avenidas y se diferencian de las de otros países de Europa: sirven de avanzadas de tierras, de pequeños diques que facilitan el riego.

Sobre las lozas ardientes en verano, menudos cursos de agua brotan refrescando el suelo y el aire. Riego automático que se convirtió más tarde en esas «sorpresas de agua», imitadas después sin razón en los jardines de Italia y posteriormente en toda Europa.

El desorden feliz de las flores y de los sombrajes en los cuadrados hubiera podido poner en el conjunto alguna confusión. El jardinero andaluz imaginó incrustarlas en setos espesos. Su verdor sombrío hace notar las líneas del trazo, oculta la crudeza de la tierra cultivada, y da un fondo sólido al brillo de las flores.

Setos, murallas, sea de bojes que crecen lentamente, sea de mirtos perfumados, sea de arbustos de vegetación fácil y rápida, y negros cipreses, son el obscuro fondo de belleza en estos jardines soleados y azules.

¿Qué debían ser los jardines de la Alhambra, obras desgraciadamente efímeras, desaparecidas hoy bajo las tormentas que los asaltaron y de los cuales queda — único testigo de su esplendor abolido — una fuente de mármol que surgió bajo la piqueta de los obreros al pie de la torre de las Damas?

Jardines cuyo elogio hizo grabar un poeta árabe desconocido en las paredes del mirador: «Me parezco a un océano de placer y de belleza. Mi jardín no tiene rival en el mundo: es semejante a la novia hermosa que todos desean.»

* * *

Cuando los países del norte de Europa estaban en plena barbarie, Asia se cubría de palacios y jardines en los que, artistas ingeniosos y refinados, combinaban mármoles, cerámicas esmaltadas, agua, flores, perfumes, canto de los pájaros, para crear jardines maravillosos que se llamaban paraísos.

Dos corrientes se establecieron verosímilmente: las tradiciones de Asia Menor y Persia se difundieron en Grecia. De Grecia inspiraron los jardines de Roma. En el siglo de Augusto, los jardines eran obras fastuosas en los que la moda imponía, no solamente que se imitase a los griegos, sino que se adornase el jardín con algunas de sus obras maestras.

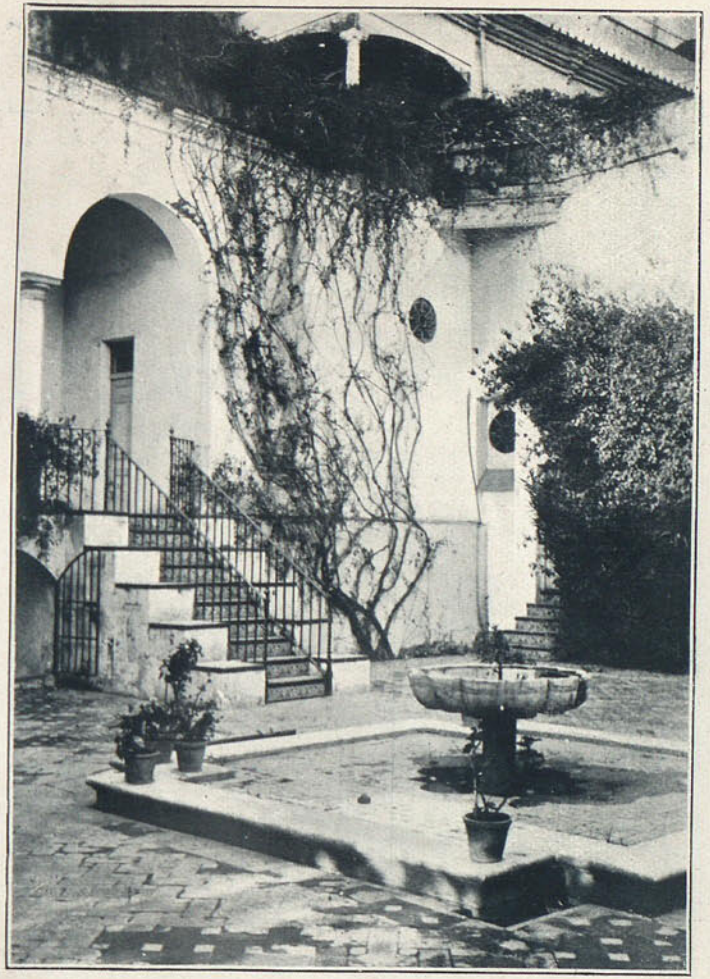
Estas mismas tradiciones se conservaban con maravillosa persistencia en el corazón de Asia cuando los musulmanes, partiendo del Yemen, de invasión en invasión penetraron en Persia.

¿Habían aprendido de sus más próximos vecinos el arte de Babilonia y de Ní-

Biblioteca Nacional de España

Jardines del Real sitio de La Granja (Segovia). Fot. A. Byne.

Biblioteca Nacional de España



Jardín en un patio del Alcázar de Sevilla.

Fots. A. Byne.

Jardines del Alcázar de Sevilla.

Biblioteca Nacional de España

nive, o de sus antiguas tradiciones dedujeron su arte propio, implatado en el norte de África primero y después en España?

En la magnífica evolución artística de la España árabe del siglo VIII al XIV, con su apogeo en tiempos del gran monarca Abderramán, los jardines simbolizaron la elevada civilización del país; han pasado ocho mil años desde entonces.

Es oportuno recordar las palabras de Francisco Bacon, por las que da principio a su ensayo *Of Gardens:* «Dios Todopoderoso plantó en el principio un jardín, lo que es el más puro de los placeres humanos y el mayor recreo para el pensamiento del hombre, sin el cual, casas y palacios no son más que toscas obras de su mano; los hombres, mientras que las civilizaciones tienden hacia un mayor refinamiento y elegancia, conocen primero la arquitectura monumental antes de alcanzar a la belleza del jardín, como si el arte de éstos fuese una perfección mayor.»

En España, junto a los restos antiguos, subsisten las tradiciones. El arte de los andaluces, heredero de los jardines persas de Damasco, vuelve a florecer.

Tal vez no se encuentre la sutileza de las obras antiguas del siglo X al XIV. Podemos conseguir cabal idea de ello comparando con los de Andalucía los restos de los antiguos jardines de Persia y de la India musulmana.

Para ser lugares de reposo, de frescura y de placeres, unen, al verde sombrío de los mirtos, de los bojes, de los cipreses, a la tibieza de las umbrías, a la frialdad de las aguas, los perfumes penetrantes y vivos del día y de la noche; a las flores, que nunca faltan, los colores armoniosamente rivales de los azulejos.

Los perfumes no son en ellos un azar, como en los grises pueblos del norte, sino un elemento esencial, que desempeñan un papel importante en la composición de una obra completa.

Un sevillano, interesado por los jardines, visitó los más famosos de Francia e Inglaterra. Admiró múltiples disposiciones, y singularmente las vastas *pelouses*, que son en España costosísimas de lograr, difíciles y raras; pero las flores, cuya abundancia y brillo se le había ponderado, no le causaron impresión alguna. Su falta de entusiasmo provenía de haber encontrado todos esos grandes parques y todas esas flores sin olor. La observación era justísima, pues los perfumes son, en efecto, una de las gracias, una de las voluptuosidades más grandes de los jardines españoles.

Desde que termina el invierno, los naranjos embalsaman la atmósfera. Siguen luego jazmines y rosales, las madreselvas, la retama que los andaluces llaman gayumbo, la hierba de Santa María *(Tenacetum balsamita)*, los dondiegos de noche *(Mirabilis jalapa)*. Más tarde, en las noches cálidas, las pequeñas plantas llamadas damas de noche *(Cestrum nocturnum)*, propagan por todas partes su triunfante y violento olor a heliotropo.

A estos aromas penetrantes se une el de los claveles, que, en la atmósfera cálida, se anuncia desde lejos.

En otoño, a la dama de noche suceden las florecitas amarillas suavemente odoríferas del *Cestrum aurantiacum*, después las de los nísperos del Japón, muy numerosas. Y las hojas del espliego, del romero, de los limoneros *(Lippia citriodora)*, los cuales se plantan siempre a la puerta de las casas. ¡Imposible detallar todos los perfumes!

Biblioteca Nacional de España

La forma más elemental de jardín es la del patio, con los caminos en cruz, dibujando cuatro macizos regulares de relieve, bordeados por setos tallados, una puertecita en el centro, a veces canales de mármol o azulejos y el piso de color.

Los grandes conjuntos se obtienen multiplicando este elemento en un dibujo cuadriculado, ensanchando algunas avenidas, variando la forma de los estanques, combinando mil fantasías ingeniosas a las corrientes de agua, llevada de uno a otro extremo al descubierto, de terraza en terraza, uniendo a los colores y perfumes, en la ardiente luz, el verde sombrío de las magnolias, de los arcos de ciprés, de los bojes, de los muros de odoríferos mirtos, de la hojarasca de bronce de los laureles y naranjos.

Tales jardines son cerrados.

Los pueblos meridionales, exuberantes y desconfiados a la par, aman la intimidad de la vivienda. Semejante deseo excluye las amplias vistas hacia el exterior, salvo en las terrazas de terrenos montañosos, cuya pendiente es una protección, y desde las terrazas de pabellones y miradores. Blanqueados o revestidos de azulejos contribuyen a la variedad de aspectos, a la decoración de las reducidas perspectivas — abrigos contra el calor o contra el viento, en donde el delgado surtidor de agua canta en la taza de mármol o en el estanque de cerámica su canción refrescante —. En este recinto secreto, profusamente, flores innumerables, perfumes, umbrías, pequeños juegos de agua de murmullo continuo, solicitan todos los sentidos.

La afición apasionada por el color se manifiesta en los contrastes violentos que dan a las flores un brillo sorprendente: junto a un muro muy blanco es la proximidad de las flores suaves de los melocotoneros, de los almendros, de los albaricoqueros y del ramaje negro de los cipreses, el abrazarse de los rosales a un tronco sombrío; en otro lado, anémonas o tulipanes están circundados por espesos mirtos; laureles rosales elevan sus flores contra un muro, por encima del cual estalla el azul claro de una masa de *plumbago* bajo el azul intenso, violento, del *Volubilis vivace (Ipomea Leari* e *I. rubrocœrulea)*.

El azul, color poco frecuente de las flores, es, por el contrario, el color dominante de las cerámicas del jardín, y nada iguala a su armónica y suntuosa viveza en el verde del ramaje, junto a la blancura de muros y mármoles, en el rojo fuerte de los ladrillos, entre las rosas de Bengala y las margaritas blancas de Anthemis, al lado de los amarillos triunfantes de las gazanias, de los crisantemos, de los soles o de las rosas de Persia. Sobre esta orgía de colores deslumbrantes se despliega el azul profundo del cielo, se extiende la luz chispeante, embriagadora, que ahoga todas las violencias con su esplendor, una luz de Paraíso terrestre.

* * *

En la región privilegiada de la España mediterránea, bajo su suave clima, y sobre todo en Andalucía, las estaciones se dividen en dos períodos: el otoño es lluvioso, el invierno es variable, con escaso frío por la noche, que llega hasta 1 grado, muy raramente hasta 4 ó 5 por debajo de cero; a los 10 el Sol ha triun-

Biblioteca Nacional de España

fado sobre este exceso del termómetro, calentando la atmósfera. Pero desde la primavera hasta el otoño, de mayo a octubre, son cinco o seis meses de cielo inalterablemente azul, de sol triunfante, con frecuencia agotador. Este sol brillante que calienta y fecunda sin cesar las tierras fértiles, acaba por ser agotador y mortal. Durante esos seis meses de cielo muy azul, no hay que contar con el velo de las nubes o los beneficios de la lluvia. ¡Por eso el agua constituye una riqueza! Es en el calor de estos meses ardientes imprescindible para todo y para todos; su mismo frescor es una voluptuosidad. Para darla más valor y preservarla, se la lleva de fuente en fuente en innumerables y discretos depósitos, en pequeños canales, en los que está engastada en mármoles y azulejos de esmaltes brillantes. Muy raramente se encuentran grandes cascadas o surtidores, pues el agua es preciosa y escasa, y además es más agradable multiplicarla en forma de mil pequeños surtidores refrescantes. Más útil, ciertamente, porque las disposiciones que parecen arregladas para dar a estos antiguos jardines andaluces su encanto singular, son también las más lógicas y mejor adaptadas a las condiciones de su clima. Permiten conseguir con poco gasto y rápidamente abundante vegetación, mientras que si se utilizasen las formas, las disposiciones y, sobre todo, los perfiles empleados corrientemente en la Europa septentrional, no se conseguirían, excepto tal vez en las regiones húmedas del litoral, a pesar de numerosas dificultades, trabajos y gastos, más que resultados poco satisfactorios.

El trazado general consiste, pues, en una serie de cuadrados o rectángulos formados por el cruce de los paseos. La disposición particular de éstos causa gran extrañeza a los que ven por primera vez los antiguos jardines andaluces y árabes, pues, al revés de la costumbre europea, son más altos que el piso cercano del jardín, y como deben estar limitados a ambos lados por pequeños muretes, es lógico aprovecharlos recubriéndolos con un revestimiento. Además, el polvo en verano y el lodo cuando las intensas lluvias de otoño, hubieran sido dos graves inconvenientes para los pies desnudos de los musulmanes y los ligeros calzados de los andaluces.

En las regiones montañosas el revestimiento casi siempre se hace en mosaicos de pequeños cantos de color, cuyos dibujos son con frecuencia muy complicados, en mármol (Granada). En otros lugares, con ladrillos, con azulejos, o asociando estos dos materiales con el mármol (Sevilla).

La unión del mármol y de los azulejos en el enlosado de patios o paseos de jardines es frecuente en Marruecos.

Un depósito alimentado por acueductos, por manantiales o por corrientes subterráneas elevadas por medio de norias, o, actualmente con aparatos más modernos, distribuye el agua, ya directamente en las regueras que bordean los caminos, ya en depósitos secundarios y fuentes dispuestas a la vez para el riego y para la decoración, lo más frecuentemente en el encuentro de las avenidas. Nada es tan extraordinario para el que conoce el secreto de estos jardines como la ingeniosa fantasía de las habilísimas transformaciones de la distribución del agua necesaria para el riego. Para gozar mejor de la contemplación del agua, casi siempre se la conduce por pequeños canales descubiertos.

Biblioteca Nacional de España

En el antiguo alcázar de Córdoba baja por los costados de una escalinata. En el Generalife circula por la parte alta de las rampas de la escalera. En la Alhambra sigue los ejes en canales de mármol.

El riego, que en los países septentrionales es perjudicial durante el día, cuando hace calor, es mortal en los países muy cálidos, cuando es lento y practicado por aspersión, es decir, con manga o regadera. Por esto es necesario regar abundantemente y desde la misma tierra.

Es pues imprescindible disponer el jardín por superficies horizontales, limitando cada una de ellas, con objeto de retener el agua, por caballones de tierra.

Los famosos jardines del Generalife están formados de tal manera por varias terrazas, en las que el agua abundante, procedente de los montes próximos, baja sucesivamente; a cada uno de estos cambios de nivel presenta ingeniosamente formas y juegos nuevos: canal, estanque o grutas, surtidores múltiples, taza, etc...

Lo que se conserva de los jardines del Generalife es bien poco: restos muy interesantes, a los que se ha añadido, con escasa fortuna, partes nuevas. Ese palacete fué construído en tiempos del rey de Granada Mohamed Alhamar, quien multiplicó en los alrededores de la Alhambra los jardines y los patios poblados de mirtos y naranjos. El mismo rey, cuentan, dedicábase en las horas de recreo a cultivar sus flores.

De los habitantes y del autor del Generalife apenas se sabe nada. Algunos quieren ver en él la vivienda del artista persa constructor de la Alhambra. Es más probable que fuese una de las casas de recreo de un príncipe de la familia de los reyes de Granada. Contreras cuenta que un americano se había presentado con documentos árabes, al parecer auténticos, de cuyo examen se deducía que la casa y su jardín eran obra de un cautivo cristiano. Es posible; pero, en tal caso, estaba penetrado del arte de sus maestros persas.

En los jardines del alcázar de Sevilla el visitante no cree estar en un terreno accidentado o en cuesta; sin embargo, entre los extremos del jardín hay considerables diferencias de nivel. Del palacio, construído en la parte más elevada, el terreno baja hacia el Guadalquivir; así, las diversas partes, cada una de las cuales está en un plano horizontal, se limitan por muretes o pequeñas diferencias de nivel, que se salvan por escaleras, aprovechadas también como elementos de decoración en el jardín.

El estanque o depósito principal de agua se instala en la parte más elevada, y cada una de las preciosas fuentecillas que marcan el cruce de los caminos, son los pequeños depósitos secundarios, de los cuales el agua sale a regar los cuadros inmediatos.

Sin entrar a analizar las razones de estas disposiciones, los antiguos jardineros andaluces y los propietarios del país las adoptan siempre instintivamente y por tradición.

Un aristócrata español, hablando de los antiguos jardines de su país, por los cuales tenía gran afición, me hacía estas observaciones: «Se trazan siempre con paseos rectos pavimentados con ladrillos y cerámicas de color; pero su carácter reside, sobre todo, en la sucesión de pequeñas diferencias de nivel, lo que obliga a hacer

Biblioteca Nacional de España

muretes de contención, que pueden recibir tiestos, y escaleras, cada una de las cuales tiene aspecto y color diferentes.»

Para él esos muretes y escalerillas prestaban, en parte, su carácter al jardín. Es exacto; pero solamente respecto al resultado. Son consecuencia de la disposición por diversos planos horizontales, necesaria para el buen funcionamiento de los riegos.

Estas rápidas observaciones no se refieren más que a los antiguos jardines españoles, pues desde el siglo XVI casi todos los grandes jardines reales o señoriales—Aranjuez, La Granja, el Retiro, Boadilla—se inspiraron en modelos franceses, y a veces italianos, como el jardín, mucho más moderno, del Laberinto, cercano a Barcelona.

* * *

Las comparaciones entre los jardines de diferentes países, singularmente entre los italianos, ingleses y franceses, son numerosas. Se repite con mucha frecuencia que «los franceses dibujan un jardín, los italianos lo construyen y los ingleses lo plantan». Peladan decía que los italianos hacen un jardín de historia, los franceses un jardín cortesano y los ingleses un jardín pintoresco.

Los españoles son jardines de frescor, de colores y de perfumes. Su tradición vino de Asia, traída por los árabes, con los que iban artistas persas. Se unen así a las más antiguas obras humanas que conocemos. Por Grecia, por las tradiciones romanas, por los jardines de los fatimitas en Sicilia, por los de los almohades y almoravides en España, fueron ellos los inspiradores del renacimiento de los italianos, de los franceses, de los holandeses, es decir, de todos los europeos.

Los romanos poblaban sus jardines con estatuas, decorábanlos con jarrones, con obeliscos, con columnatas y terrazas.

Sin duda los árboles desempeñaban papel importante para los fondos obscuros, sobre los que se destacaban las líneas arquitectónicas de las piedras y los mármoles, y como sombra. Pero el aspecto general, a pesar de las flores y de los árboles y del agua abundante, produce la impresión de un continuo desarrollo arquitectónico accesoriamente embellecido por la Naturaleza, mucho más que la de una composición destinada a realzar la abundancia de flores y la agradable diversidad de las plantas. En ellos dominan las obras del arquitecto y del escultor. El fin que se proponían era edificar un jardín: *Hortos ædificare.*

Por el contrario, en el antiguo jardín andaluz, dédalo rectangular, mil flores diversas rivalizan con los ladrillos, con las cerámicas de color de los pisos, bancos y fuentes, limitados por el ramaje obscuro de los arbustos, siempre verdes, con el murmullo del agua bajo la penumbra de los árboles y arbustos esparcidos que atraviesa un sol cegador.

Todo está hecho para las plantas, con objeto de obtener de su intimidad con ellas los más vivos goces.

Limitadas por la línea regular de los setos obscuros, las flores y los arbustos esparcidos como al azar, no cansan la vista con la sequedad de una sucesión de líneas dibujadas, produciendo un aspecto de brillante belleza.

Biblioteca Nacional de España

El sencillo trazado rectangular es suficiente para dar la impresión de una composición clara y de la ordenación rigurosa del conjunto.

Estos jardines adquirieron su forma propia en Andalucía, la Bética, tierra propicia, preparada por una larga civilización latina.

Estaban tan perfectamente adaptados al clima y a las costumbres de los países mediterráneos, que se han perpetuado en España. Es interesante observar que fueron los jardineros andaluces los que llevaron los principios de su arte a los países árabes del norte de África.

El texto español de un pasaje de la *Descripción de España y África*, por Ben-Said, lo testifica (véase *Almacasín*, tomo I, pág. 106 de la edición de Leyde):

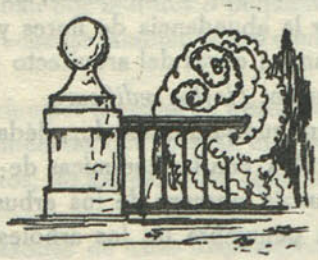
«De las provincias de Andalucía, reunidas a su imperio del Mogreb, han hecho venir los emires almohades Iusef y Jacub-el-Mansur, los ingenieros y los arquitectos que han dirigido las construcciones mandadas levantar por aquéllos, en Marruecos, Rabat, Fez Mansuriah... No es menos sabido que al presente (1237) la prosperidad, el esplendor mogrebino, parece haberse extendido hasta Túnez, donde el sultán actual hace construir monumentos, labrar palacios, plantar jardines y viñas a la manera andaluza.

»Todos sus ingenieros y arquitectos son naturales de aquella tierra, como los alarifes, los carpinteros, los alfareros, los pintores y los jardineros. Andaluces son los que trazan los planos de los edificios y jardines o los que los copian ateniéndose a los monumentos de su país.»

Los restos que se encuentran aún en California, en Méjico, en las antiguas colonias españolas y portuguesas de América del Sur — sobre todo en los jardines de conventos —, atestiguan la influencia de los jardineros españoles.

Pero ningún otro país como Andalucía ha conservado algunos viejos restos de éstos jardines, que antaño llenaron de flores y perfumes las ciudades florecientes de España.

J. C. N. Forestier.



Biblioteca Nacional de España

LOS CÁRMENES DE GRANADA

¿Quién plantó en España la primera flor, transportándola del campo al Arte? Seguramente fué la mujer, y, sin duda, la mujer del pueblo. La primera flor que brilló en la maceta de una ventana fué el primer jardín español; y la primera mano que la cuidó solícita, fué la que hizo ese primer milagro.

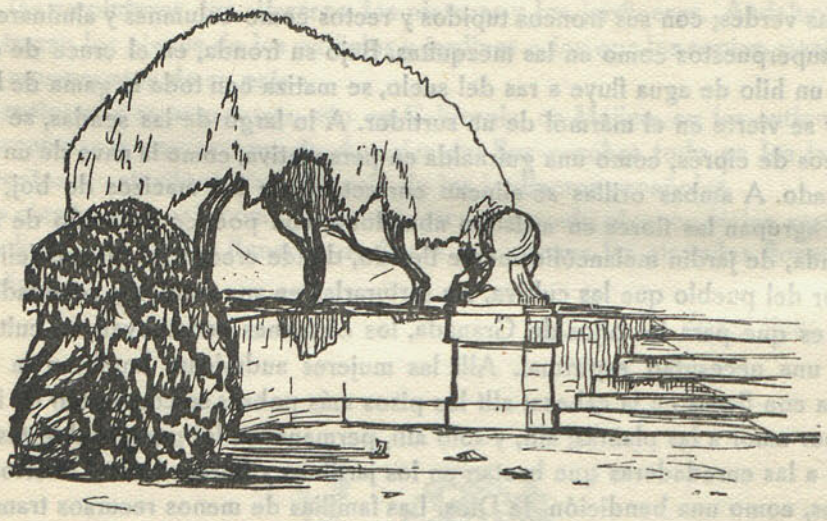
En los cármenes de Granada debieron de nacer nuestros jardines, los más bellos, los más sencillos, los más floridos de la Tierra. Los cármenes de Granada no son clásicos, ni románticos, ni primitivos, ni modernos. Heredaron su carácter de los árboles, y tienen su tradición y estilo propios. Pequeños y como ocultándose a sí mismos, entre la espesura, sin gran pompa exterior, cruzados de senderos, de bojes, en recodos imprevistos, sugieren anhelos de recogimiento y guardan el encanto oriental de jardines soñados, de patios convertidos en leyenda escrita, de inscripciones moras trazadas con árboles y flores. En medio de esos jardines, y como *mirabs* en que convergen los senderos floridos, se alzan las glorietas, trasunto de la arquitectura árabe, de deliciosa simetría, con sus estalactitas de follaje en las bóvedas verdes; con sus troncos tupidos y rectos como columnas y alminares, y sus arcos superpuestos como en las mezquitas. Bajo su fronda, en el cruce de dos veredas, un hilo de agua fluye a ras del suelo, se matiza con toda la gama de la espesura, y se vierte en el mármol de un surtidor. A lo largo de las sendas, se tienden los arcos de ciprés, como una guirnalda en perspectiva, como la nave de un templo encantado. A ambas orillas se alínean correctamente los macizos de boj, y acá y allá se agrupan las flores en artístico abandono, con poético descuido de nobleza arruinada, de jardín melancólicamente florido, donde crecen las plantas felices con el amor del pueblo que las cultiva, sin torturarlas en sus antojos y veleidades.

Y es que para los hijos de Granada, los cármenes constituyen un culto, y las flores una necesidad espiritual. Allí las mujeres andrajosas imploran la caridad pública con flores en la cabeza; allí los pisos más pobres se convierten en invernadero por amor a las plantas; allí, y sólo allí, permanecen las puertas abiertas de par en par a las enredaderas que brotan en los jardines y florecen en el interior de los hogares, como una bendición de Dios. Las familias de menos recursos transforman en carmen el balcón y la ventana. Son como ojos abiertos en la blancura de las viviendas bañadas en azul del cielo, y las rejas prisión de amores, por las que se desbanda, entre el color y el perfume, la alegría de las gentes más humildes. En las ventanas más pequeñas, menguadas para la luz indispensable, no falta nunca una maceta con flores que la cierran casi por completo, que truecan en aromas para el alma el aire robado a la vida. Hasta por los grandes balcones la luz penetra a duras penas entre las hojas en que se refleja, al pasar. Y en lo alto, bajo los aleros, como barcos parados junto a las nubes, las galerías voladizas se rinden al agobio de las rosas y los claveles. En el Albaicín no hay una sola casa sin un carmen, adosado a sus muros. Por pequeño que sea el huerto, por oculto y rodeado de edificios que esté, siempre hay una tapia, un rincón junto a la alberca, o el brocal de un pozo

Biblioteca Nacional de España

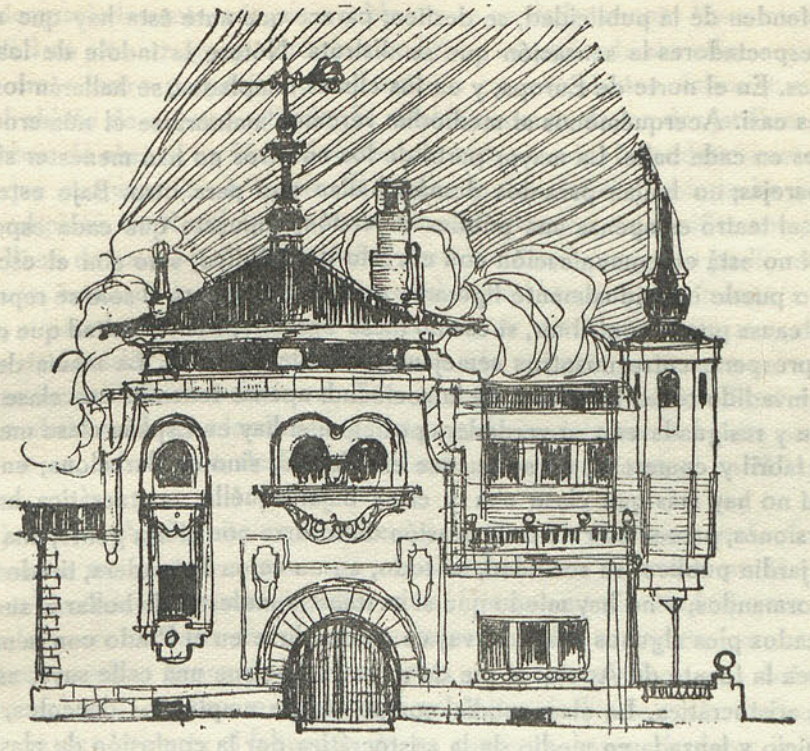
para que las macetas, el emparrado y los mirtos hagan olvidar con su poesía la prosa de tales lugares. Existen huertos tan diminutos, que sólo pueden contener el tronco de un ciprés corpulento; tan angostos, que no les es posible gozar de su propia sombra y han de esparcirla en los cármenes vecinos, vergeles que con un puñado de tierra sustentan enredaderas y macizos de flores bastantes a alegrar toda una casa. A orillas del Darro se ensanchan los jardines, y en el monte de la Alhambra, se convierten en verdaderos parques, que pierden en intimidad lo que ganan en extensión. Y por todos lados, en las laderas y en la llanura, sus altas frondas rebasan las tapias o se borran en las lejanías de la vega admirable. A los cármenes debe Granada la gloria de ser la ciudad más florida de la tierra. Plantados entre el mismo caserío, los cármenes son algo de su propia existencia, algo que es como un perfume de alegre melancolía de aquel gran pueblo vetusto.

SANTIAGO RUSIÑOL.



Dibujo de Enrique Colás.

Biblioteca Nacional de España



JARDINES PÚBLICOS[1]

He aquí una clase de establecimientos planteados varias veces en nuestro país a imitación de los extranjeros, y que, sin embargo, rara vez han prosperado. Los filósofos, moralistas, observadores, pudieran muy bien deducir extrañas consecuencias acerca de un pueblo que parece huír de toda pública diversión. ¿Tan grave y ensimismado es el carácter de este pueblo, que se avergüence de abandonarse al regocijo cara a cara consigo mismo? Bien pudiera ser. ¿Nos sería lícito, a propósito de esto, hacer una observación singular, que acaso podrá no ser cierta, si bien no faltará quien la halle *ben trovata?* Parece que en los climas ardientes de mediodía el hombre vive todo dentro de sí: su imaginación fogosa, emanación del astro que le abrasa, le circunscribe a un estrecho círculo de goces y placeres más profundos y más sentidos; sus pasiones más vehementes le hacen menos social; el italiano, sibarita, necesita aislarse con una careta en medio de la general alegría; al andaluz enamorado bástanle, no un libro y un amigo, como decía Rioja, sino unos ojos hermosos en que reflejar los suyos, y una guitarra que tañer; el árabe impetuoso es feliz arrebatando por el desierto el ídolo de su alma a las ancas de su corcel; el voluptuoso asiático, para distraerse, se encierra en el harén. Los placeres gran-

(1) Publicado en 1834.

Biblioteca Nacional de España

des se ofenden de la publicidad, se deslíen; parece que ante ésta hay que repartir con los espectadores la sensación que se disfruta. Nótese la índole de los bailes nacionales. En el norte de Europa, y en los climas templados, se hallarán los bailes generales casi. Acerquémonos al mediodía: veremos aminorarse el número de los danzantes en cada baile. La mayor parte de los nuestros no han menester sino una o dos parejas; no bailan para los demás, bailan uno para otro. Bajo este punto de vista, el teatro es apenas una pública diversión, supuesto que cada espectador de por sí no está en comunicación con el resto del público, sino con el escenario. Cada uno puede individualmente figurarse que para él, y para él solo se representa.

Otra causa puede contribuír, si esa no fuese bastante, a la dificultad que encuentran en prosperar entre nosotros semejantes establecimientos. La manía del buen tono ha invadido todas las clases de la sociedad: apenas tenemos una clase media, numerosa y resignada con su verdadera posición; si hay en España clase media, industrial, fabril y comercial, no se busque en Madrid, sino en Barcelona, en Cádiz, etc.; aquí no hay más que clase alta y clase baja: aquélla, aristocrática hasta en sus diversiones, parece huír de toda ocasión de rozarse con cierta gente; una señora tiene su jardín público, su sociedad, su todo, en un cajon de madera, tirado de dos brutos normandos, y no hay miedo que si se toma la molestia de hollar el suelo con sus delicados pies algunos minutos, vaya a confundirse en el Prado con la multitud que costea la fuente de Apolo: al pie de su carruaje tiene una calle suya, estrecha, peculiar, aristocrática. La clase media, compuesta de empleados decentes, sacada de su quicio y lanzada en medio de la aristocrática por la confusión de clases, a la merced de un frac, nivelador universal de los hombres del siglo XIX, se cree en la clase alta, precisamente como aquel que se creyese en una habitación solo porque metiese en ella la cabeza por una alta ventana a fuerza de elevarse en puntillas. Pero ésta, más afectada todavía, no hará cosa que deje de hacer la aristocracia que se propone por modelo. En la clase baja, nuestras costumbres, por mucho que hayan variado, están todavía muy distantes de los jardines públicos. Para ésta es todavía monadas exóticas y extranjeriles lo que que es ya para aquélla común y demasiado poco extranjero. He aquí la razón por que hay público para la ópera y para los toros, y no para los jardines públicos.

Por otra parte, demasiado poco despreocupados aún en realidad, nos da cierta vergüenza inexplicable de comer, de reír, de vivir en público: parece que se descompone y pierde su prestigio el que baila en un jardín al aire libre, a la vista de todos. No nos persuadimos de que basta indagar y conocer las causas de esta verdad para desvanecer sus efectos. Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro obscuro carácter. ¡Qué tiene éste de particular en un país en que le ha formado tal una larga sucesión de siglos en que se creía que el hombre vivía para hacer penitencia! ¡Qué después de tantos años de gobierno inquisitorial! Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos a cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad. Y las costumbres no se varían desgraciadamente en un día, ni con un decreto,

Biblioteca Nacional de España

y más desgraciadamente aún, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres e identificada con ellas.

No era nuestro propósito ahondar tanto en materia tan delicada: volvamos, pues, al objeto de nuestro artículo. El establecimiento de los dos jardines públicos que acaban de abrirse en Madrid, indica de todos modos la tendencia enteramente nueva que comenzamos a tomar. El jardín de las Delicias, abierto ha más de un mes en el paseo de Recoletos, presenta por su situación topográfica un punto de recreo lleno de amenidad; es pequeño, pero bonito: un segundo jardín más elevado, con un estanque y dos grutas a propósito para comer y una huerta en el piso terrero, si nos es permitido decirlo así, forman un establecimiento muy digno del público de Madrid. Para nada consideramos más útil este jardín que para almorzar en las mañanas deliciosas de la estación en que estamos, respirando el suave ambiente embalsamado por las flores, y distrayendo la vista por la bonita perspectiva que presenta, sobre todo, desde la gruta más alta; y para pasear en él las noches de verano.

El jardín de Apolo, sito en el extremo de la calle de Fuencarral, no goza de una posición tan ventajosa, pero una vez allí el curioso reconoce en él un verdadero establecimiento de recreo y diversión. Domina a todo Madrid, y su espaciosidad, el esmero con que se ven ordenados sus árboles nacientes, los muchos bosquetes enramados, llenos por todas partes de mesas rústicas para beber y que parecen nichos de verdura o verdaderos gabinetes de Flora; sus estrechas calles y el misterio que promete el laberinto de su espesura, hacen deplorar la larga distancia del centro de Madrid a que se halla colocado el jardín, que será verdaderamente delicioso en creciendo sus árboles y dando mayor espesura y frondosidad.

En nuestro entender, cada uno de estos jardines merece una concurrencia sostenida: las reflexiones con que hemos encabezado este artículo deben probar a sus respectivos empresarios, que si hay algún medio de hacer prosperar sus establecimientos en Madrid, es recurrir a todos los alicientes imaginables, a todas las mejoras posibles. De esta manera nos lisonjeamos de que el público tomará afición a los jardines públicos, que tanta influencia pueden tener en la mayor civilización y sociabilidad del país, y cuya conservación y multiplicidad exige incontestablemente una capital culta como la nuestra.

MARIANO JOSÉ DE LARRA.

Biblioteca Nacional de España

LOS JARDINES DE LOS CLAUSTROS

Estamos en el interior de una vieja catedral, colegiata o abadía. La luz, escasa y tamizada, no alcanza a iluminar los rincones de las capillas; en la sombra los bultos sepulcrales de guerreros y monjes adquieren acentuado relieve, y los santos y personajes que pueblan los retablos góticos parecen vivir de una vida misteriosa y profunda. Algún rayo de sol que penetra por un alto ventanal, traza una recta faja luminosa hasta llegar a las losas del pavimento; el contraste es violento. En nuestro lento deambular por las naves y capillas del templo, hemos llegado ante una puerta. Empujando una de sus hojas distinguimos una galería abierta que rodea por sus cuatro lados a un pequeño jardín melancólico. Estamos en el claustro. Desde la penumbra del interior de la iglesia hemos pasado inesperadamente a la luz cegadora del exterior, que parece aquí más viva por lo reducido del horizonte; desde las líneas duras y geométricas de la arquitectura del templo, a las curvas y suavidades de las plantas y árboles del jardín. Junto a los santuarios, no pueden soñarse lugares más admirables para el reposo y la meditación que estos viejos claustros de nuestras catedrales, colegiatas o abadías: Segovia, Tarragona, Villanueva, Poblet, Silos, Dueñas, El Paular...

* * *

Amplias galerías cercan por los cuatro lados a los jardines claustrales; arcadas — pequeñas y robustas en los claustros románicos, amplias y caladas, con tracerías de piedra en los góticos, regulares y correctas en los renacientes — sirven de fondo a árboles y plantas. En el centro, una cruz de piedra, mohosa y verdinegra, un pozo profundo y misterioso, una fuente de amplia taza, o un templete sepulcral. Le pueblan sombríos cipreses de agudo vértice, laureles, rosales, mirtos, madreselvas, zarzas que sirven de cortina a las arquerías, plantas parásitas que han ido creciendo entre los sillares y trepadoras que ascienden por sus muros buscando la caricia del sol.

Jardines sin jardinero, abandonados, crecen en ellos árboles y plantas en total libertad. Los caminos están casi borrados, los arriates deshechos, la taza de la fuente que hay en su centro tiene un agua verdosa y corrompida. Las plantas parásitas lo invaden todo abrazando a rosales y cipreses. Antaño sirvieron de cementerios; numerosas generaciones yacen en su suelo y los árboles que en ellos crecen, hunden sus raíces en osamentas humanas.

Su belleza es la melancólica de las cosas muertas y abandonadas; en el perfume que de ellos emana hay olores mortuorios a incienso, cera y humedad, mezclados con los aromas vitales de plantas y flores.

* * *

En varios jardines de claustros monásticos, un joven novicio o un viejo fraile que siente cercana la hora de alcanzar el reposo eterno, cuidan amorosamente de

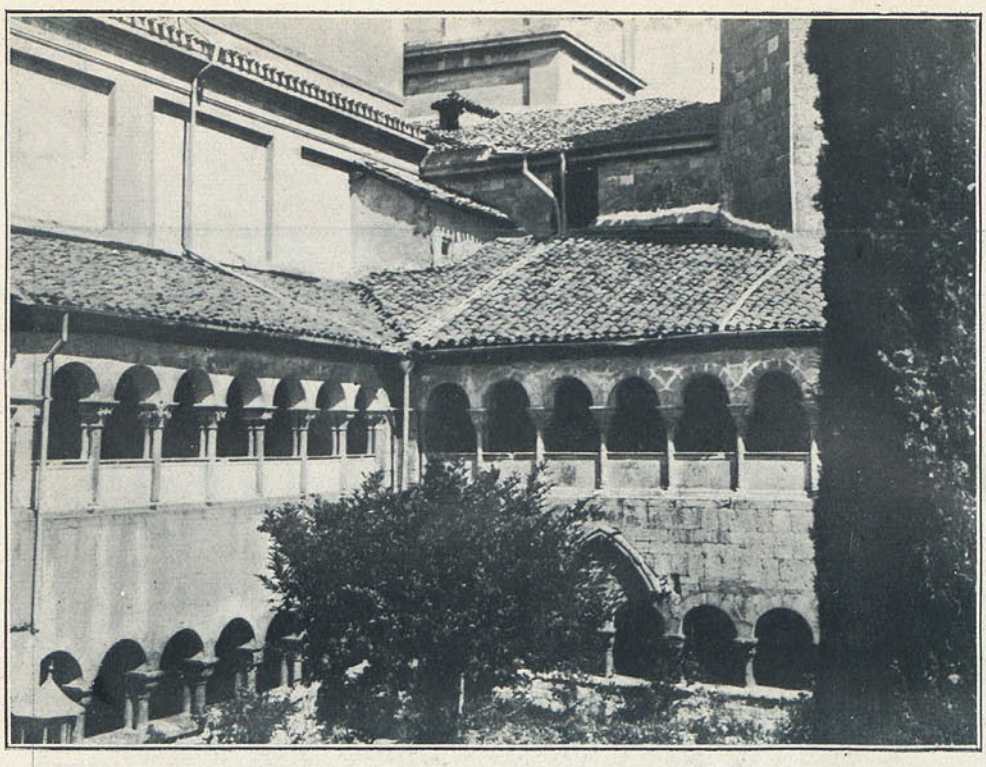
Biblioteca Nacional de España

Jardín del claustro de la catedral de Segovia.

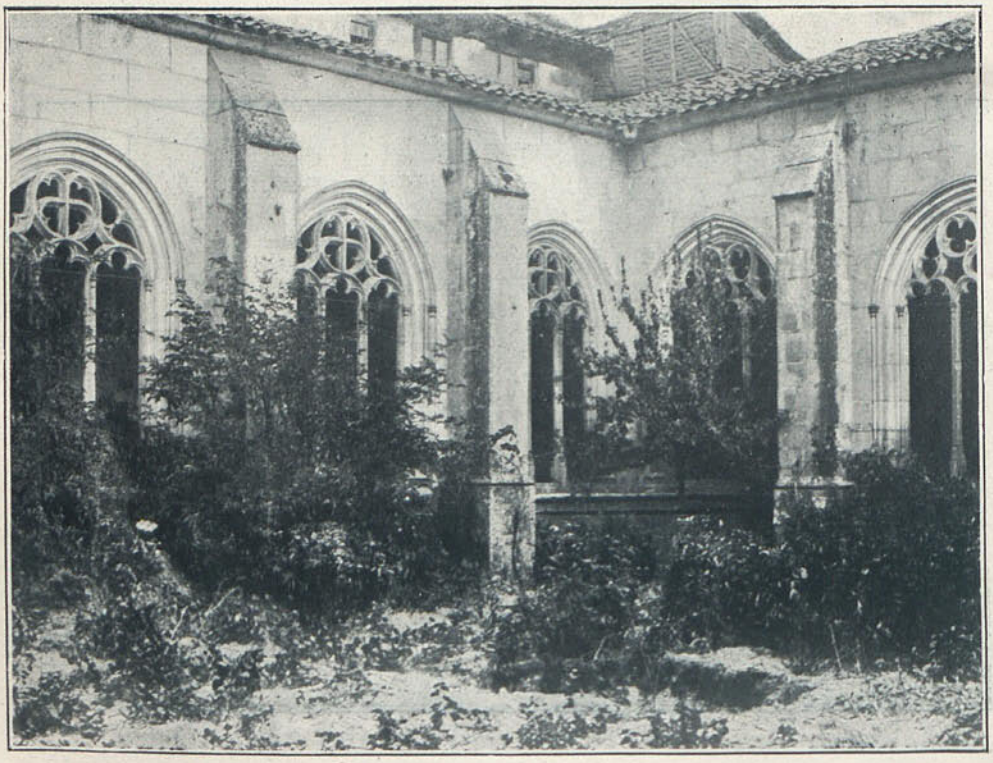
Jardín del claustro de la catedral de Plasencia.

Fots. J. de Winthuysen.

Biblioteca Nacional de España



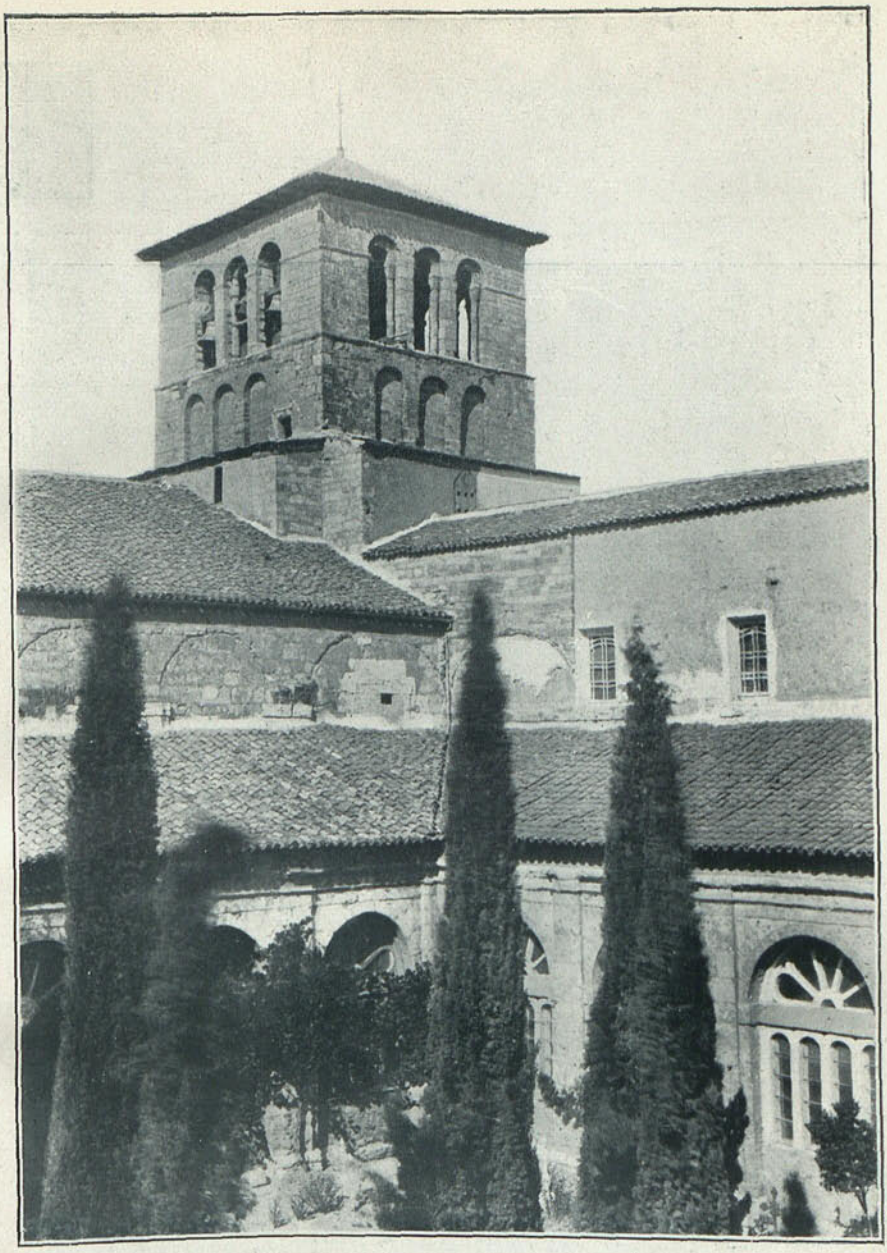
Claustro del monasterio de Santo Domingo de Silos (Burgos).



Claustro de la colegiata de Covarrubias (Burgos).

Fots. Torres Balbás.

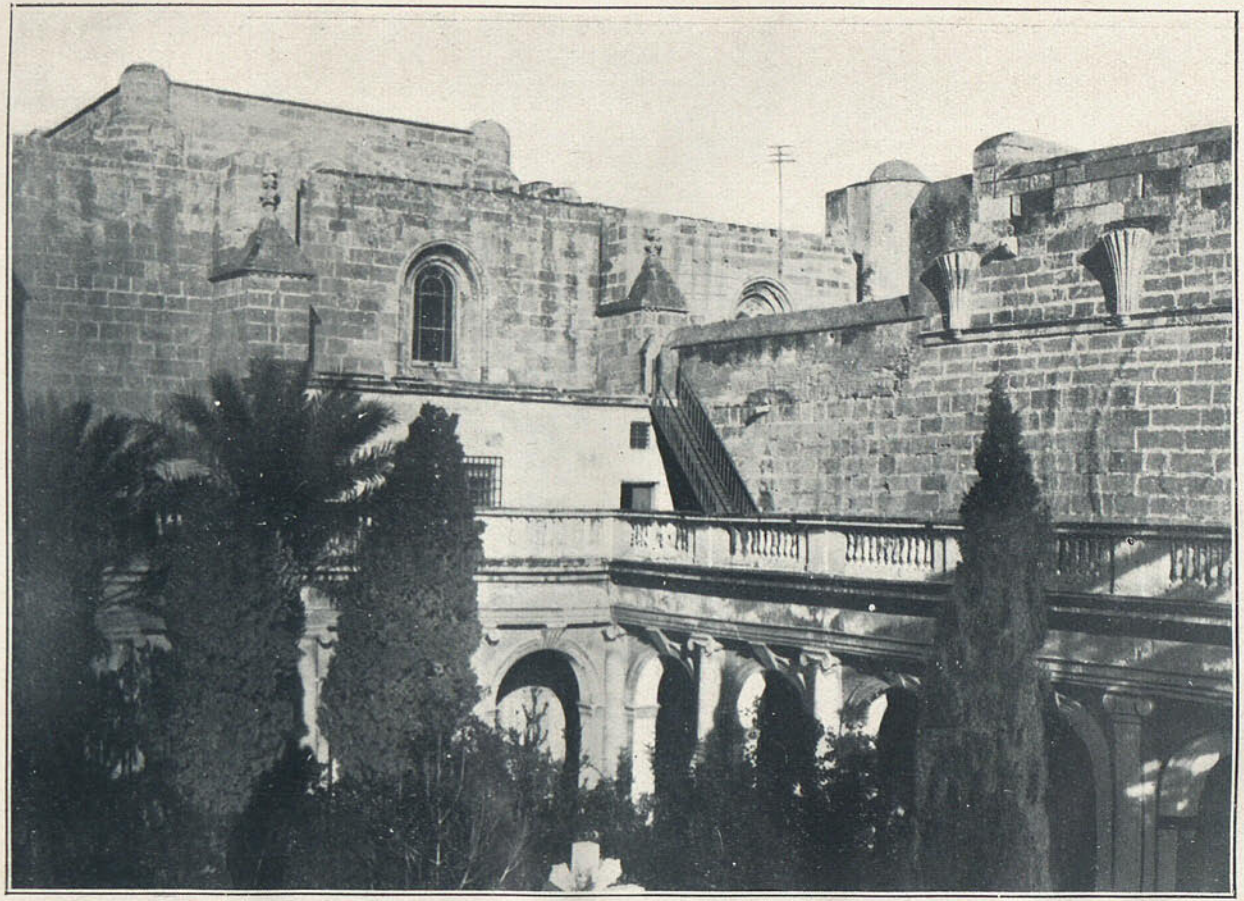
Biblioteca Nacional de España



Claustro del monasterio de San Isidro, de Dueñas (Palencia).

Fot. Torres Balbás.

Biblioteca Nacional de España



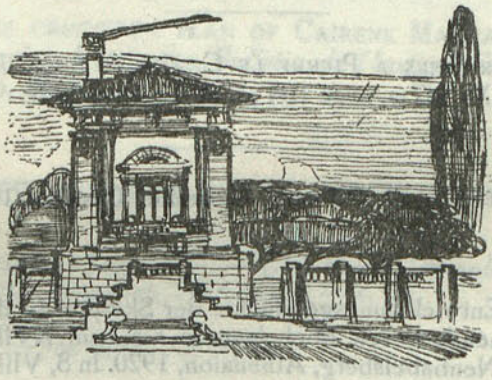
Claustro de la catedral de Almería.

Fot. Torres Balbás.

Biblioteca Nacional de España

unos rosales y unas pobres flores plantadas en ellos. La ordenación ingenua con que están dispuestas y sus colores brillantes, parecen desplazados junto a la arquitectura severa de los claustros y la sobriedad de cipreses, mirtos y arrayanes. Estos oasis que surgen entre las viejas piedras de catedrales, colegiatas y abadías, para armonizar con su arquitectura, han de ser jardines abandonados y frondosos en los que árboles y plantas se confundan con las piedras labradas, abrazándolas unas veces, ocultándolas otras, evitando la impresión de monotonía que produce la repetición de arcadas idénticas en los cuatro lados del claustro. Como sus piedras, desgastadas por centenares de años de existencia, los jardines que encierran muestran también la acción fatal del tiempo y del olvido. Protegidos por las galerías, encerrados entre los muros de piedra, son recuerdos de tiempos lejanos; de ellos se desprende un perfume inconfundible en el que hay vejez, abandono, muerte y humedad.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS.



Biblioteca Nacional de España

Libros, Revistas y Periódicos

LIBROS EXTRANJEROS

QUELQUES PRÉCISIONS SUR LES MÉTHODES CULTURALES D'OUTRE-RHIN: UN TYPE DE PETITE FERME ALLEMANDE MODERNE. — *Albert Maupas.* — Paris, libr. Agricole de la Maison Rustique, 1920. In 8, 116 p. et fig., 6 fr.

L'HYGIÉNE URBAINE. — *Paul Juillerat.* — Paris, Leroux, 1921. In 8, 254 p., 5 fr.

DER BAROCK ALS KUNST DER GEGENREFORMATION. — *W. Weisbach.* — Berlin, Cassirer, 1921. In 8, VII-232 p. et fig., 100 fr.

GESCHICHTE DER DEUTSCHEN KUNST. II. — *Georg Dehio.* — Berlin, Meyer, 1921. In 4, IV-350 p. et 435 pl., 160 fr.

L'ART RUSSE DES ORIGINES A PIERRE LE GRAND. — *Louis Réau,* — Paris, Laurens, 1921. In 8, XI-387 p. avec 104 pl. et 4 cartes, 40 fr.

DIE KUNTS OSTASIENS. — *O. Kümmel.* — Berlin, Cassirer, 1921. In 4, V-48 p., 168 pl., 84 fr.

BAROCKSKULPTUR. Entwickelungsgeschichte der Skulptur in der romanischen und germanischen Laendern seit Michelangelo bis zum XVIII Jahrh. I. — *A. L. Brinckmann.* — Nenbabelsberg, Athenaion, 1920. In 8, VIII-212 p. avec 222 fig. et 7 pl., 84 fr.

OESTERREICHISCHE BAROCKPLASTIK. — *Er. Tietze-Conrat.* — Wien, Schroll, 1920. In 4, 144 p. et 97 fig., 44 fr.

BENNO II BISCHOF VON OSNABRÜCK ALS ARCHITECKT. — *Ilse Hindenberg.* — Strassburg, Heitz, 1921. In 4, 107 p. et pl., 50 fr.

VAISON ET SES MONUMENTS. Guide illustré. — Abbé *J. Santel.* — Avignon, Seguin, 1921. In 8, XLVII-64 p. et fig.

Biblioteca Nacional de España

LES CALVAIRES BRETONS. — *Paul Gruyer.* — Paris, Laurens, 1920. In 16, 64 p. et fig., 3 fr.

DIE KUNSTDENKMÄLER VON BAYERN. III (Unterfranken und Aschaffenburg), 20 (Gemünden). — *Ad. Feulner.* — München, Oldenbourg, 1920. In 8, V-166 p. avec 7 pl. et 112 fig., 50 fr.

DIE KUNSTDENKMÄLER VON BAYERN. III, 31 (Reg. Bez. Unterfranken und Aschaffenburg; Amt Mellrichstadt). — *F. Mader* und *Max Kaufmann.* — München, Oldenbourg, 1921. In 4, V-174 p. avec 5 pl. et 166 fig., 55 fr.

NÔTRE DAME DE PARIS. Sa place dans l'histoire de l'architecture du XII[e] au XIV[e] siècle. — *Marcel Aubert.* — Paris, Laurens, 1920. In 4, 233 p. avec 21 pl. et 30 fig., 40 fr.

GLANES SUR LA CATHÉDRALE DE STRASBOURG. — *Félix Blumstein.* — Strasbourg, imp. Boulangeant, 1922. In 4, 32 p. et pl.

THE ORIGIN OF THE CRUCIFORM PLAN OF CAIRENE MADRASAS. — By *K. A. C. Creswell.* — Reprinted from the *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale.* Cairo, 1922.

REVISTAS EXTRANJERAS

Quelques tours dites des «Sarrasins». — Eug. Hucq. *(Annales de la Société Royale d'Archéologie.* Bruxelles, 1914-1919.) — T. 28.

Estas torres son de los siglos XII y XIII.

The Wentworth Gardner house. — C. O. C. *(Bulletin of the Metropolitan Museum of Art.* New-York. Febrero 1919.)

Casa construida en 1761 en Portsmouth (New-Hampshire).

Decoration from Louis XV to our day. — W. M. I. *(Bulletin of the Metropolitan Museum of Art.* New-York. Abril 1919.)

Exposición de dibujos y grabados de decoración interior, desde Luis XV hasta ahora.

Biblioteca Nacional de España

An example of the work of a Connecticut architect. — C. O. C. *(Bulletin of the Metropolitan Museum of Art.* New-York. Agosto 1919.)

Pórtico en madera de una casa construída de 1800 a 1803 por David Hoadley en New-Haven (Connecticut).

La salle de la maison de Radôuan bey à Kassabet Radôuan. — Max Herz Pachá *(Comité de Conservation des Monuments de l'Art arabe.* Fasc. XXIX.)

Casa y bazar son obra de Radôuan bey, muerto en 1065 de la hégira (1654 a 1655). — R. DE A.

Beit-el-Monfti à Châra el Khalîg-el-Masri. — Max Herz Pachá. *(Comité de Conservation des Monuments de l'Art arabe.* Fasc. XXIX.)

Sala de una casa conocida por el nombre de «Casa del Monfti».

Chapiteau historié de l'église Sainte-Radegonde de Poitiers. — Mlle. Elisa Maillard. *(Bulletin de la Société des Antiquaires de l'Ouest.* 4° trim.)

De fines del siglo XI; representa a Adán y Eva, Daniel alimentado por Habacuc y sus acusadores entregados a los leones por orden de Ciro.

Italian protections of national monuments. — Randolph Schwabe. *(The Burlington Magazine.* Septembre 1918.)

Medidas adoptadas en Italia para proteger los monumentos y las obras de arte.

National needs and natural beauty. — C. J. Holmes. *(The Burlington Magazine.* Juillet 1919.)

La reconstitución nacional y el arte: la arquitectura, casas en construcción, la conservación de las bellezas naturales.

Some newly discoverad tûlûnide ornament. — K. A. C. Creswel. *(The Burlington Magazine.* Novembre 1919.)

La mezquita de Ahmad Ibn Tûlûn, en el Cairo, ha sido construída sobre el plano de la mezquita de Samarra, edificada por el mismo Ibn Tûlûn, enviado a Egipto en 868 por el emir Bâkbâk. La restauración reciente de la mezquita del Cairo ha permitido ver ornamentos de estuco en las arquerías del patio, inspirados en los de Samarra; las decoraciones encontradas por los alemanes Sarre y Herzfeld en Samarra, caídas en manos del ejército británico y enviadas al Butihs Museum, confirmaron, sin duda, estas apreciaciones. — R. de A.

Biblioteca Nacional de España